

CORRESPONDENCIA

TUNG-KING OCCIDENTAL

Contratiempos de la Misión.—Visita Pastoral del Obispo á las nuevas cristiandades.—Episodios conmovedores

El Ilmo. Gendreau, vicario apostólico de aquella parte del Asia, escribe la sentida carta siguiente:

EMPIEZO mi carta con profunda tristeza, pues tengo que hablaros de una crisis terrible por que atraviesa en este momento en el Tung-king la suerte de nuestros cristianos. Ya sabéis el desarrollo que había tomado la obra catequística en nuestra Misión hace unos quince años. La cruz fué plantada en más de trescientos pueblos hasta entonces enteramente paganos. El número de bautizos obtenidos desde 1880 solamente, se elevaba á más de cincuenta mil.

¡Ay! tengo que anunciaros hoy, que de resultados de maquinaciones odiosas, estas magníficas conquistas están gravemente amenazadas, y que aun cierto número de almas ya cristianas, ha vuelto á caer bajo el yugo del demonio.

En todo tiempo estas conversiones han excitado la rabia de nuestros enemigos, que también son (á pesar de todo) los enemigos del bien público. No se ha introducido la fe en ninguna parte, sin que los nobles y los letrados no hayan tratado de desanimar á los catecúmenos, con acusaciones calumniosas, amenazas y hasta violencias. No han retrocedido ante ningún medio para poner trabas á los progresos de nuestra Santa Religión, porque comprenden que estas conversiones arruinan poco á poco su influencia. Mas, muchas veces se han dejado llevar á los últimos excesos para impedir que los recién convertidos practiquen su culto.

Así fué como en 1890-91 provocaron una violenta agitación cuyas huellas no han desaparecido todavía. El año pasado, en el mes de Octubre, se cometieron también actos odiosos en Le-Xa, nueva provincia de Phu-Ly. Le-Xa es un gran distrito muy afecto al partido de los letrados. Su nombre es conocido desde hace mucho tiempo en los anales religiosos de nuestra Misión. Un habitante de este pueblo fué quien, en 1860, detu-

vo y entregó á los mandarines al Venerable Teófano Venard, que poco después fué llevado al martirio. Antes de eso, el mismo sujeto se había apoderado del Venerable Nerón, que pasaba en una barca cerca de ahí, y tuvo que pagarle un cuantioso rescate para librarse de sus manos.

Ya que Nuestro Señor nos recomienda rogar por nuestros enemigos, este precepto es practicado ciertamente en el cielo con más perfección que en la tierra. A este título Le-Xa tenía un derecho particular á la protección de nuestros dos ilustres mártires. No nos extrañó, pues, el movimiento de conversiones manifestado en este pueblo durante el mes de Julio de 1890.

No obstante, el P. Martín, á quien se dirigieron los postulantes, no acogió en seguida sus peticiones, y para estar seguro de su sinceridad los probó durante once meses, antes de mandarles un catequista. En Septiembre de 1892 cierto número de aquéllos estaba ya algo instruido, y el misionero los bautizó.

Desde un principio, los jefes del pueblo se habían mostrado muy opuestos á la introducción de la Religión en su tierra. Después del bautizo de los recién convertidos, aquella excitación se cambió en verdadero furor, y los notables juraron anonadar la cristiandad naciente. Tuvieron reuniones y más reuniones, fueron de casa en casa para exigir á los convertidos que abjurasen, y, con sus amenazas, obtuvieron por desgracia algunas defecciones. Esto no les bastaba, y se decidieron á ir hasta el extremo.

El 10 de Octubre (1892) por la noche, una cuadrilla de hombres, armados con palos, se apoderan de dos catequistas, los amarran con cuatro cristianos, y los arrastran por el pueblo, llenándolos de improperios y apaleándolos. Luego los echaron en una barca para entregarlos á la residencia de Phu-Ly.

Mientras tanto, otras cuadrillas saquean la capilla y catecumenado, incendiándolos después. Los cristianos fieles vieron sus casas saqueadas también, y tuvieron que huir para escapar de la muerte. Un alto mandarín que se encuentra á dos kilómetros de ahí, fué avisado de lo que ocurría en Le-Xa, pero se negó á ir á restablecer el orden.

A pesar de unas detenciones hechas, de resultados de estos excesos, por las Autoridades francesas, los dis-



ILMO. HERMANN KIECKMANN, de los Sagrados Corazones, de Piepus, vicario apostólico de las islas Sandwich. (Pág. 408)

turbios siguen, y los fautores hacen gala de una audacia tan extraña, que hay motivos para creerlos seguros de la impunidad. Se alaban de tener poderosos protectores, y repiten muy alto que no se detendrán sino cuando no quede un solo cristiano en Le-Xa. Sobre todo, arremeten con empeño contra Pho-Tu, que es el más firme y enérgico de los recién convertidos. Le han quitado todo lo que poseía, le calumnian ante las Autoridades y aun consiguen hacerle encarcelar. Hasta han tratado varias veces de asesinarle. Viendo que, á pesar de todo, sigue inquebrantable, buscan los medios de ganárselo con promesas, le ofrecen dinero, honores, etc., pero este medio no les sale bien, y la constancia de este cristiano (bautizado hace sólo algunos meses) no se ha desmentido un solo instante. Dios se digna seguir sosteniéndole en lucha tan desigual, y aviva con su ejemplo los remordimientos de aquellos que han sido débiles.

He querido contaros en detalle esta lúgubre historia de la cristiandad de Le-Xa, porque las mismas maquinaciones (ya que no las mismas villanías) se han empleado casi por todas partes contra los recién convertidos. Pero estamos acostumbrados á esta guerra, que si á veces nos hace sufrir pérdidas dolorosas, al menos no compromete gravemente la obra de las conversiones.

Nuestros enemigos lo han comprendido; por eso han inventado hace poco una táctica mucho más páfida, y ¡ay! mucho más nefasta para nosotros. No contentos con oponerse, como hasta ahora lo hacían, á la introducción de la fe en los pueblos paganos, han dirigido sus esfuerzos contra las cristiandades fundadas recientemente, y han tratado de arrebatarnos las conquistas que creíamos aseguradas para siempre. He aquí de qué modo han procedido.

Explotando hábilmente la pusilanimidad del carácter anamita y el prestigio de que goza la Autoridad, sobre todo la Autoridad francesa, entre los indígenas, han hecho circular el rumor de que los Residentes y los mandarines verán con malos ojos las conversiones; y han añadido que la Autoridad mandaba á todos los neófitos, convertidos desde dos años, que volvieran al Paganismo; que los recalcitrantes serían castigados y encarcelados. En fin, hasta han llegado á decir: «La Religión va á ser proscrita, como en otro tiempo bajo el reinado de los Hinh-mang y Tuduc; el virrey ha puesto á la firma real un decreto en este sentido: los que quieran ser apóstatas han de serlo acto continuo, pues dentro de algunos días ya no será tiempo, y se cortará la cabeza á todos aquellos que sigan siendo cristianos.

En el mes pasado empezaron á circular estos rumores, y los explotaron en primer lugar contra los neófitos de Nan-Xang. Mucho tiempo ha los magníficos triunfos obtenidos en este distrito, excitaban particularmente el odio de los letrados y de los autores de disturbios, pues veían que esta región, donde hace poco eran tan poderosos, escapaba casi enteramente á su dirección. En efecto, el número de cristianos de Nan-Xang ha subido, en doce años, de *cinco mil á dieciséis mil*, y todos los distritos de esta circunscripción (salvo dos ó tres) encierran un núcleo de neófitos. Se formó, pues, un complot por el partido hostil y los jefes, que, aunque ocultos, no eran por esto menos peligrosos. En

este complot entraron también algunos individuos que en otro tiempo habían solicitado hacerse cristianos, y que fueron separados después á causa de su traición y mala conducta. Irritados por esta exclusión que los rebajaba ante sus pueblos, aprovecharon la ocasión que se les presentaba para vengarse de los misioneros, y, al mismo tiempo, para reconquistar su influencia entre sus conciudadanos.

Por estas razones, á las cuales se añadieron ciertas medidas imprudentes de la Administración, la revuelta llegó á su colmo, arrollando á todas las nuevas cristiandades. Los débiles y tímidos, aterrorizados por los agitadores, no se atrevían á resistir, y firmaban, con el corazón partido de dolor, los documentos de su apostasía basados en motivos tan absurdos como imaginarios. Desgraciadamente, estos documentos han sido aceptados por la Autoridad civil, cosa que nuestros enemigos explotan como una aprobación y un aliciente en su favor. Por eso, en menos de tres meses, estas hermosas parroquias fueron reducidas á un lamentable estado.

¡Ah! si se quisieran comprender los verdaderos intereses del país, ¡qué pocos esfuerzos bastarían para restablecer la paz! Pero no, los misioneros son el objeto de una desconfianza inexplicable, como si fueran los enemigos del Estado.

Hasta la prensa local ha abierto una campaña contra nosotros, y hablado del *peligro clerical* en el momento mismo en que nuestros cristianos eran abandonados sin protección á los ataques del partido hostil. ¡Dígnese Dios iluminar á nuestros enemigos y convertirlos!

En verdad, el pasado es una garantía para el porvenir, y, á pesar de tantos motivos de tristeza, no nos dejamos abatir; hacemos la obra de Dios, y Dios no puede ser vencido. Tengo la firme esperanza de que, con el amparo de la Santísima Virgen y de nuestros Mártires, lograremos recuperar el camino perdido, y extender más lejos el reino de nuestro Padre celestial, donde ahora el número de bautizos obtenidos durante este año (4,300), aunque inferior en un tercio al del último ejercicio, es una prueba de que la serie de las conversiones no se ha agotado, y de que la divina gracia no ha dejado de fecundar el suelo del Tung-king.

Esta campaña de apostasía ha quedado hasta aquí circunscrita á la provincia de Phu-Ly ó Anam. Las nuevas cristiandades de Hanoy y Santoy han tenido, es verdad, que luchar constantemente; empero han seguido en su desarrollo regular, como he podido convencerme por mí mismo en el viaje que hice á aquellas provincias en Octubre y Noviembre de 1892.

Empecé mi visita por el distrito del P. Lepage. Este distrito, situado al N. O. de la villa de Hanoy, comprende una extensa región, donde antes el nombre del verdadero Dios era casi enteramente desconocido. Las primeras conversiones datan de cuatro años, y hoy cerca de cincuenta poblaciones encierran un núcleo de cristianos.

El pueblo de La-Phu fué el que dió la señal. Los catecúmenos no eran más que dos; y el de más influencia pronto retrocedió ante las obligaciones de la ley cristiana. El otro, llamado Ca-Te, afortunadamente era un

hombre recto y convencido. Al verse solo, lejos de acobardarse, se hizo predicador para con sus parientes y amigos, buscando prosélitos no sólo en su pueblo, sino también en los pueblos vecinos. Gracias á su celo perseverante, la Religión cristiana empezó á ser conocida y estimada en la región: poco á poco los espíritus se ilustraron, y de diferentes puntos vinieron á pedir catequistas al P. Lepage. Así es como un solo hombre de buena voluntad basta á Dios para cumplir los designios de su misericordia y traer las almas hacia El. *Infirmi mundi elegit Deus.*

La-Phu cuenta ya más de cuatrocientos bautizados, y la conducta de estos neófitos podría servir de ejemplo á muchos viejos cristianos.

Dong-Lao, donde el P. Lepage ha establecido su residencia, debe también su conversión al valiente Ca-Te. A pocos minutos de allí se halla el pueblo de Lai-Du, que se ha hecho cristiano también, y cuya vieja pagoda sirve hoy de iglesia parroquial. En ella celebré la Misa del aniversario de mi consagración, el 16 de Octubre, ante numeroso y devoto público. Yo estaba profundamente conmovido al pensar que ayer aun reinaba Satán sobre todas estas almas, y que en el mismo sitio en que se levantaba el altar del padre de la mentira se dignaba Nuestro Señor descender para bendecir á sus nuevos hijos.

Por todas partes, en este rápido viaje, fuimos recibidos con los testimonios más conmovedores de respeto y afecto; pero en ninguna parte fué la alegría tan expansiva como en Mai-Linh, cristiandad que se ha fundado sola, por decirlo así. Es una historia tan interesante, que no puedo resistir al placer de referirla.

En el Evangelio se lee que el Buen Pastor va buscando la oveja descarriada. Aquí son las ovejas las que van en busca del pastor, y han tenido casi que forzar la puerta del redil. Hace ya mucho tiempo, en efecto, que un grupo numeroso de Mai-Linh había solicitado hacerse cristiano. Como este pueblo pasaba por ser algo turbulento y alborotador (reputación quizá no del todo inmerecida), y como el P. Lepage no tenía un catequista disponible, aplazaba siempre para más tarde contentar á sus postulantes.

Otros muchos se habrían desanimado, pero en Mai-Linh la cobardía es desconocida. Los convertidos se dijeron que era necesario, cueste lo que cueste, ganar la plaza, esto es, convencer al misionero de su seriedad. Ellos mismos construyeron un catecumenado muy decente, y esperaron otra ocasión para volver á la carga. Esta ocasión se presentó oportunamente. He aquí de qué manera. Un día supieron que el P. Lepage estaba por la vecindad; salen corriendo y le suplican con elocuencia conmovedora que fuese al menos á ver si el catecumenado estaba dispuesto como se debía.

—Está ya listo, añadieron, y dista de aquí dos pasos; hay un camino muy cómodo á través de los arrozales.

Tanto y tan bien insistieron, que el Padre se dejó persuadir, y salió con ellos.

Los dos pasos, en verdad, se volvieron varios kilómetros; el camino muy cómodo, no era sino una senda fangosa donde se andaba con trabajo por el barro; pero una vez puesto en marcha, el antiguo zuavo pontificio

no retrocede. (El P. Lepage era sargento de zuavos de Pío IX cuando sobrevino la guerra de 1870). Nuestro compañero, pues, sigue á sus guías hasta á Mai-Linh, donde la población le hizo un recibimiento triunfal; hombres, mujeres y niños le rodean gritando, aplaudiendo, en una palabra, demostrando una alegría tan ruidosa como sincera. Le invitan á que se siente, y, sin detenerse, le sirven una comida preparada de antemano.

Acogida tan cordial conmueve al misionero, quien prolonga la visita hasta el anochecer. Cuando se disponía á marcharse, los catecúmenos emplean la diplomacia que tan bien les había salido. Ya que el Padre no puede quedarse, le suplican muy humildemente que si quiera les deje su catequista.

—¡Oh! exclaman, no nos atrevemos á pedirlo por mucho tiempo; sabemos muy bien que no merecemos favor tan grande; que se quede con nosotros dos ó tres días, solamente hasta el domingo, y quedamos contentos.

Otra vez se rinde el P. Lepage, y el catequista se queda en Mai-Linh. Era el jueves.

Cuando llegó el sábado, el catequista regresa á Dong-Lao para asistir á la Misa el domingo; pero no marchó solo: más de ciento cincuenta catecúmenos le acompañan y se presentan al Cura con el pretexto de dar las gracias al misionero. Así que éste apareció, todos se arrodillaron, se santiguaron y entonaron el *Padre nuestro* y el *Ave María*, recitando sucesivamente todas las oraciones que se enseñan á los recién convertidos. En dos noches aprendieron lo que la mayor parte de los catecúmenos aprenden en semanas y aún meses.

En Mai-Linh hicieron cincuenta bautizos. Por la noche, en señal de alegría, hubo iluminación general en las calles y en el dique, con bonitos faroles chinos, en medio de los cuales brillaba una cruz luminosa, símbolo de la nueva fe de los habitantes.

Otra cristiandad muy interesante también es la de Dai-U, oculta al otro lado del Day, entre verdes laderas. A consecuencia de un servicio importante que le prestó Mons. Puginier, este pueblo solicitó abrazar la Religión, y en tanto que en otras partes nuevas cristiandades se componen de una fracción más ó menos numerosa de los habitantes, aquí es la población entera la que se ha convertido. Ya no queda en ella ningún vestigio de culto budhista; con los restos de las pagodas se ha construido una bella iglesia. Pero, lo que es mejor aún, es la sencillez de las costumbres de estos buenos neófitos, y su afición á la Religión y á los sacerdotes.

No necesitaré decir que fué un triunfo todo este viaje; tambores, músicas, estandartes, nada ha faltado. Al anamita le gusta mucho el ruido, el brillo; hay que dejarle seguir su gusto. Esta pompa exterior no podrá menos de realzar la Religión á los ojos de la población, y hacérsela estimar más.

Nuestra entrada en Sontay fué particularmente solemne, y sé que impresionó favorablemente á los espectadores. Al atravesar las calles pensé en los Mártires que antes siguieron el mismo camino con un cortejo de otro género, con el cepo y las cadenas. ¡Cuántos cristianos creían entonces que el Cristianismo estaba anonadado para siempre! Pero luego lo han visto rena-

cer de sus ruínas, y crecer á pesar de los obstáculos que le oponen sin cesar. La palabra de Tertuliano se confirma otra vez: *Sanguis martirum, semen christianorum*: «La sangre de los mártires, es semilla de cristianos.»

Emprendí este viaje para darme cuenta del estado de las cristiandades nacientes, y para animar á los recién convertidos en sus buenas disposiciones.

En la Cuaresma me puse de nuevo en camino: esta vez para visitar las parroquias del Alto Tung-king.

Desde la venida del Ilmo. Retord, en 1851, esta región no había visto más obispo. El Ilmo. Puginier, de ilustre memoria, deseaba vivamente ir á ella; pero la presencia de las cuadrillas anamitas y chinas que infestaban el país, se lo estorbaron siempre.

Habiéndose modificado felizmente la situación en estos últimos tiempos, tuve empeño en realizar los votos de mi venerado antecesor. Durante tres semanas estuvimos en el locutorio y en el confesonario. Los cristianos se presentaban por grupos de cincuenta, sesenta y hasta de cien á la vez, atraídos por el deseo de recibir la bendición de su Obispo. Oyendo á los penitentes pasábase la mayor parte de la noche. En veinte días tuvimos más de *tres mil* comuniones.

El gran Seminario nos ha proporcionado trece sacerdotes desde Octubre de 1892. Actualmente cuenta treinta y un alumnos. Por desgracia hemos perdido seis miembros de nuestro clero indígena, y estos vacíos, agregados á los que existían anteriormente, se han llenado apenas con los recién ordenados, y no obstante, sería urgente dividir varias parroquias.

Desde Noviembre de 1892 la situación política ha mejorado mucho. Casi todas las cuadrillas que infestaban el Alto Tung-king se han sometido ó han sido dispersadas. Salvo la parroquia de Song-Chay, queto todavía está algo turbada, todo el resto de nuestra Misión, tanto en la parte montañosa como en el Delta, goza de una tranquilidad casi completa. ¡Ojalá que esta tranquilidad se afirme cada día más!

NIN-TAO (Vicaría apostólica de Emuy)

Fin de la excursión apostólica.—Necesidades más apremiantes de la Misión

REANUDANDO el hilo de la relación de la primera vez que visité á estas cristiandades, concluye el P. Alier, después de haber administrado este *pusillus grex* de Lam-ke me dirigí á la cristiandad de Au-pi, que está situada al S. O., y es la última estación del distrito. Ignoraba el camino y las distancias; sólo tenía una idea confusa, y ésta se limitaba al conocimiento del punto cardinal á donde quería ir. Los que me seguían estaban tan ilustrados como yo respecto del particular. Tenía yo formada mi composición de lugar, y determinado ir desde Lam-ke á Au-pi. Objetáronme que estaba muy lejos, y que era mejor ir primero á Pe-chio, que está al S. de Lam-ke, y de Pe-chio ir á Au-pi, y volver por el mismo camino. Aunque era más llevadero este itinerario, se me hacía cuesta arriba el tener que andar y desandar el mismo camino, y como por

otra parte quería verlo por mí mismo, les pregunté si en un día se podía llegar al punto indicado. Habiéndome respondido afirmativamente, les dije:

—Allá vamos, y Dios sobre todo.

Salimos después del desayuno, y sin detenernos llegamos al anochecer, todos cansados, pero, á Dios gracias, sin novedad. Habíamos andado dos horas, cuando al pasar por un pueblo llamado Len-ti-bne, nos salió al encuentro toda una familia de antiguos catecúmenos, y nos invitaron á tomar té que tenían ya preparado. Les agradecí el obsequio, y les prometí volver en otra ocasión (Dios sabe cuándo), pero no quise detenerme. La causa era que andábamos todos medio á ciegas, pues ni los conductores conocían mejor el camino que yo, ni sabían á punto fijo la distancia que nos faltaba recorrer. El jefe de esta familia de catecúmenos nos acompañó otras dos horas de camino, sirviéndonos de *cicerone* y ahorrándonos algunos malos pasos, al vadear torrentes y riachuelos, hasta llegar á un pueblo de mercado, y desde allí, preguntando en cada encrucijada á los transeúntes, llegamos, á Dios gracias, sin novedad al punto deseado.

Esta cristiandad de Au-pi, más que anémica, está casi desahuciada. Hace tres ó cuatro años que, si bien se visita, no se pueden administrar los Santos Sacramentos; pero la fe no está aún extinguida.

Se presentaron algunos cristianos, rezaron las preces de mañana y tarde, y asistieron á la Misa. Yo les dirigí la palabra considerándoles medio cristianos y medio paganos. Les hablé claro, con franqueza y suavidad.

El caso no me pareció tan desesperado como me lo habían pintado. Aun respecto á los paganos, no me parecieron tan hostiles como me habían dicho, pues de intento di una vuelta por todo el pueblo, y lejos de recibir insultos, varios se acercaron y hablamos pacíficamente, guardando las formas de respeto y moderación.

Mujeres cristianas, ninguna se presentó; sólo momentos antes de salir se me presentó una mujer anciana, saludándome como lo hacen los cristianos.

Noté que había alguna desconfianza, y pensaba quedarme allí cinco ó seis días á fin de tantear mejor el terreno y formar un juicio más acertado.

Estábamos á principios de Marzo, y el frío aquellos días era intenso. Al tercer día, después del desayuno, observo que criado y catequista recogen los trastos. Les pregunté qué era lo que estaban haciendo.

—Nos preparamos para marchar, contestaron.

—Aun no. No tan pronto; además ha llovido toda la noche, los caminos están malos, y el tiempo amenaza lluvia.

Ellos, sin contestar á mis observaciones, proseguían con más afán su tarea, y observando que yo hacía como quien no comprendía, con mucho respeto me dijeron:

—Si el Padre quiere quedarse aquí, está bien; pero nosotros nos marchamos.

—¿Cómo es eso? les pregunté.

—Desde que hemos llegado aquí no hemos podido dormir, ayer noche ni nos acostamos siquiera.

Haciéndome el desentendido, les pregunté qué era lo que les había pasado. La respuesta fué decirme que habían pasado la noche junto al fogón sentados y arro-

pados, bebiendo té, y no se atrevieron á dormitar por no caer enfermos.

No andaban tan fuera de camino, porque la verdad es que si el misionero tiene una habitación más resguardada (y no falta quien le ha puesto el apelativo de cárcel), los que acompañan al misionero no tienen otro lugar para recogerse de noche que lo que se llama ó hace de oratorio, y que á buen seguro, en dicho lugar no hay peligro de asfixiarse por falta de aire, pues el viento entra por todas partes, lo que no es muy apetecible en tiempo de invierno.

En vista, pues, de estas circunstancias, si bien el cielo amenazaba lluvia, emprendimos aquella mañana el camino para la cristiandad de Pe-chio.

Antes de proseguir la relación del viaje, voy á dejar consignadas las impresiones y esperanzas, resultado de las visitas posteriores á esta cristiandad.

A pesar del estado de postración moral en que la encontré, por Julio del año pasado mandé un catequista

ñaba de nuevo el báculo de viaje y me dirigía á la ciudad de Hay-ten, capital de la subprefectura del mismo nombre, emprendiendo una serie de viajes por otros negocios hasta el día 22 de Enero del corriente, en que volvía á entrar en la residencia de Lam-pi-lao. Después de haber descansado y puesto en orden algunos asuntos, salí el 10 de Febrero para la cristiandad de Cheng-na, en el valle de Pe-chui-ia. Como este año la Cuaresma caía baja, era preciso no perder tiempo, empezando desde los primeros días del año chino, que lo eran también de Cuaresma, la administración anual de los Santos Sacramentos. Con este fin me dirigí á fines del año chino á la cristiandad ya mencionada de Cheng-na, para empezar allí la administración y volver á fines de Cuaresma á Lam-pi-lao.

Por lo que dejo consignado, ya comprenderá V. R. que me fué casi materialmente imposible visitar como deseaba la cristiandad de An-pi á fines del año pasado, y lo hice por Mayo del presente.



SENEGAMBIA (*Africa Occidental*).— Estación de Thies. Los jóvenes huérfanos cultivando. (Pág. 406)

para que explorara los ánimos de aquellos cristianos. Volvió con buenas noticias, habiéndose alegrado de que el misionero se acordaba de ellos. En vista de estas buenas disposiciones, había determinado volver allí á fines del año chino, pero el hombre propone y Dios dispone. El 19 de Diciembre del pasado llegué á la cristiandad de Lam-pi-lao, pensando celebrar allí las fiestas de Navidad, y como es el lugar más á propósito había convocado allí á todos los dispersos de Israel, es decir, á los neófitos y catecúmenos de todo el distrito, para celebrar dichas fiestas, y luego proseguir recorriendo las cristiandades. El 19 de Diciembre, como dejo indicado, llegué á las diez de la mañana á Lam-pi-lao; pero á los pocos minutos de haber llegado, recibo orden de cambiar de rumbo, y el día siguiente 20, al amanecer, tomaba de nuevo el cayado y me dirigía á la cristiandad de Kang-boe. El 26 de Diciembre ya empu-

Recordando que en mi primera visita á esta cristiandad no se había presentado mujer alguna cristiana, y sospechando la verdadera causa, mandé allá primero á la beata que reside en Pe-chio, anciana de setenta y ocho años, pero valiente como ella sola, y que conocía personalmente á todas las mujeres cristianas, pues ella las había catequizado.

No me equivoqué. Desde el primer día el oratorio se llenó de gente. Con las mujeres vinieron los hijos é hijas, nietos y nietas, de modo que formaban una reunión respetable de más de cincuenta personas. Aunque ni la cuarta parte de los asistentes estaba bautizada, muchos sabían el rezo ordinario. Esta vez formé la estadística de los que están bautizados y de los que son catecúmenos.

La obligación y el deber del misionero están bien trazados. Trabajar todo lo que pueda, desconfiando al mis-

mo tiempo de sus esfuerzos personales, poniendo toda su confianza en Dios, en cuyas manos están los corazones de los hombres, no olvidando que el misionero es enviado para propagar, extender y conservar la Religión del Señor del cielo, y nada más; que es lo mismo que decir que no ha sido enviado para saborearse con el humo de la vanagloria, tomando ocasión de engreírse por sus conquistas, porque escrito está que *neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat, sed, qui incrementum dat, Deus*; reduciéndose el deber riguroso del misionero á plantar y á regar, sin acongojarse *ultra modum* viendo que los frutos, á su modo de ver, no corresponden á sus trabajos.

Estas reflexiones son las que sostienen al misionero en medio de sus rudos trabajos, y confortan su espíritu cuando, casi extenuado de fuerzas, pasa por estas regiones de la infidelidad, en donde ve agitarse todo un mundo de gente, que se diría, atendida la profundidad del nivel moral á que han descendido, que de racionales sólo conservan la apariencia, no bullendo por sus cabezas más que planes y aspiraciones terrestres y groseras, sin entrever siquiera jamás una idea un poco elevada sobre la materia, juzgándose ¡los infelices! los más sabios de entre los hombres. ¡Horrible ceguera, justo castigo de su presunción!!!

Dejando por ahora esta pequeña porción de mi rebaño para acudir á otros puntos, prosigo la relación diciendo que al tercer día, casi obligado por las circunstancias, como dejo indicado, salí de Au-pi para Pe-chio, que dista cinco horas. Después de andar dos horas, y precisamente cuando estábamos en pleno campo raso, descargó la lluvia. Los que me acompañaban no tenían por que quejarse, pues se lo había predicho. Echamos una visual por aquella planicie, y divisamos un fano diminuto, á donde á paso redoblado nos dirigimos, y en donde hacinados como trastos nos cobijamos hasta pasar el chubasco. La lluvia disminuyó, pero no cesó del todo, y puestos ya en camino, bien ó mal tuvimos que proseguir el viaje, llegando bien mojados á las tres de la tarde á la cristiandad de Pe-chio.

En esta cristiandad hay una iglesia tal, y una casita para residencia del misionero, que en terreno de Misiones nuevas, para pasar algunos días y aun algunas temporadas, es un grande beneficio de Dios, beneficio que sólo reconoce el que ha tenido que aposentarse entre sabandijas y otras miserias, y en este caso el misionero no deja de levantar el corazón á Dios, y bendecirle por haberle proporcionado un albergue en donde cobijarse y ponerse á cubierto de las inclemencias del tiempo.

Esta cristiandad, respecto de sus principios, está casi desconocida.

Al llegar aquí, como novel, pagué el tributo al país, obligándome á suspender el curso de la visita y administración.

Está situado el pueblo de Pe-chio en un terreno, que es en diminuto una verdadera península, y está en la orilla del mar. Consiguientemente á esta circunstancia y ser el terreno arenoso, las aguas del mar se filtran, siendo las aguas potables un poco saladas. Los naturales del país dicen que son buenas, y que lo poco que tienen de salado les ayuda para la digestión. Respecto

á ellos no quiero disputar; podrá ser verdad, pues al fin hay también verdades relativas. Respecto á mi estómago, aunque á Dios gracias no lo tengo malo, en realidad fueron una purga y un vomitivo á la vez, pero tan eficaz que, según mi costumbre al ir de viaje, no habiendo tomado nada caliente hasta la noche, y habiendo hecho la comida principal á las ocho, lo mismo fué tomar un vaso de agua que tomar un vomitivo-purga que me dejó el estómago limpio y descargado, pero tan perfectamente, que en toda la noche no pude entrar en calor, resultando una fiebre catarral que, no consiguiendo cortarla con la quinina, que era todo mi botiquín de viaje, resolví ir á Lam-pi-lao, á fin de que allí, más cerca de mis antiguos feligreses, entre los cuales hay cinco médicos, en caso de necesidad vendrían con gusto á propinarme algunas drogas. Con todo no fué necesario molestarlos, pues con la mayor comodidad de la habitación, descanso y quinina, á los ocho días se cortó la fiebre.

Como estábamos á la mitad de la Cuaresma y el tiempo urgía, cortada la fiebre, empecé la administración de la cristiandad de Lam-pi-lao. Pasados otros ocho días, sintiéndome ya fuerte, volví á tomar el cayado, y proseguí la visita y administración por la cristiandad de Toa-lim, que es un pueblo situado al S. E. de Lam-pi-lao, del que sólo dista dos horas.

En este pueblo, aunque pequeño, salvos cinco individuos, todos son cristianos. Ha decaído mucho de su primitivo fervor, y hay que reconocer que el *inimicus homo* no se ha descuidado sembrando la cizaña, que si no se arranca á tiempo y con perseverancia, podría convertir este pequeño campo en un erial. Un poco á la ligera tuve que visitarlo por acercarse ya la Pascua.

De este pueblo pasé á la cristiandad de Kang-kau, en donde hay también iglesia y casita para el misionero. Las vicisitudes por que ha pasado esta cristiandad son las mismas que las de Pe-chio. En esta cristiandad, si bien el número de cristianos que persevera es mayor, pero presenta el triste contraste, que apenas hay una familia entera libre de miserias y peligros para el porvenir. Vale más una familia sola verdaderamente cristiana, que muchos individuos aislados.

Aunque la primera visita por la premura del tiempo fué á la ligera, por Junio y por Diciembre volví á visitarlos.

De Kang-kau pasé de nuevo á Pe-chio, y el Miércoles Santo volví á entrar en Lam-pi-lao para concluir la administración anual y celebrar las fiestas de Semana Santa y Pascua.

Doy fin á la relación, que ya es bastante larga. Por lo que dejo escrito, podrá formarse V. R. una idea de este vasto distrito, que para ser bien administrado, aun reduciendo el distrito al solo territorio denominado Kue-lam, son necesarios dos misioneros. Necesitan estos cristianos para revivir y echar hondas raíces un rocío más continuo, recibiendo á lo menos una vez cada mes la benéfica influencia de la visita del misionero.

Un misionero solo no basta, porque aun dado que esté siempre de viaje, no puede visitar á los cristianos con alguna detención con tanta frecuencia como es necesario.

Necesita además el misionero sus ratos de expansión,

ya para descansar de sus fatigas, ya para aconsejarse, ya también para atender á sus necesidades espirituales. Un estado violento no puede ser duradero, y las fuerzas más robustas se debilitan.

Dispense V. R. las muchas faltas de esta desaliñada relación, hecha á vuelapluma. La empecé en la residencia de Lam-pi-lao, la proseguí en Emuy, y allí recibí la carta de obediencia por la que debía cambiar de rumbo, lo que hice dirigiéndome á Chio-ti, que forma parte del nuevo distrito, con el fin de sacar de las garras del gavilán una pobre niña que, educada en Birmania en el convento de las Religiosas francesas, su desnaturalizado padre, por medio de un fraude, como me escribía el Superior del Seminario de Pi-nan, la sacó del convento, pensando tener en la niña una mina inagotable de plata. Mal lo pasó el infeliz, pues puesto en el banquillo del reo, no sólo confesó el pecado, sino que le obligué á firmar de su propio puño y letra, y á darme las gracias en posición bien humilde, la declaración ó confesión por él hecha después de haberme entregado la infeliz niña y firmado la escritura y puesto en mi poder la escritura anterior, por la que consta que la había *vendido á gentiles*.

Concluída esta obra de justicia y caridad, vine aquí á Nia-tau, que es el cuartel general de mis operaciones, punto que si bien no es el más céntrico, es el más principal de mi nuevo distrito, en donde concluyo la relación, y en cuanto refresque el tiempo volveré á tomar el cayado y á proseguir las excursiones.

GOLFO DE GUINEA

XXII

Ojeada á las Misiones de Fernando Poo

TEMPO hace que las Misiones de Fernando Poo y demás posesiones del golfo de Guinea, confiadas á los hijos del Inmaculado Corazón de María, están llamando con justicia la admiración de muchísimos corazones generosos, como lo demuestran la impaciencia con que son esperadas y la fruición con que se leen las noticias referentes á dichas Misiones. Vamos, pues, á transcribir las que nos comunica el último correo, y que si bien algo escasas, son, no obstante, altamente satisfactorias.

De los misioneros de Cabo San Juan, Elobey y San Carlos, únicamente sabemos que disfrutan relativamente de buena salud, y que se hallan muy atareados en la costosa pero santa tarea de la evangelización de los pobrecitos indígenas. El imprescindible movimiento del personal que ha tenido lugar en aquellas Misiones, ha ocasionado sin duda la escasez de noticias. Esperamos que, Dios mediante, serán más abundantes las del próximo correo.

Annobón.—Una de las Misiones en que se trabaja con más buen éxito y más satisfacción por parte de los misioneros es la de Annobón. Una carta del actual Superior dirigida al Rdo. P. Fluvía, da á conocer las privaciones á que se ven sujetos, y el contento que les anima. Empieza el citado Padre acusando recibo de la

carga que se les mandó en Octubre pasado. «Comenzando por los Santos, dice con su natural gracejo, San José llegó con la cabeza rota y el Niño descabezado; en los garrafones se obró tal transformación, que el contenido de uno estaba convertido en agua, y en el otro faltaba la mitad. Las patatas, cebollas y ajos llegaron en disposición para abonar la tierra.

«Gracias á Dios se han hecho adelantos notables, y la obra de evangelización va creciendo de día en día. En poco tiempo se han edificado dos escuelas en el mismo lugar de la Misión (que se ha trasladado á un sitio algo más sano), y una porción de casas de los indígenas, quienes, dejando sus antiguos cobertizos, hanse cobijado cerca de los Padres. Actualmente están muy atareados en recoger materiales para la nueva iglesia, cuyo plano estaba ya preparado en Febrero último. Venga cal, vengan cemento, tablas, clavos y piezas de ropa para pagar á los jornaleros, y después de tanto pedir habremos de poner paja para cubrirla. A pesar de todo, nuestra salud es envidiable.»

Se ve, pues, que la Misión sigue su curso próspero y favorable á los intereses de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Bendito sea por todo el Señor!

Corisco.—Las noticias de Corisco alcanzan el 10 de Mayo último. El nuevo pueblo cristiano que hace poco sentó sus reales al rededor de la Misión, consta ya de cinco familias y algunas mujeres que se están preparando para el santo Bautismo; esto á parte de la multitud de niños y niñas que frecuentan las escuelas con notable aprovechamiento. Damos también cuenta de un adelanto muy singular que han hecho en las obras del colegio, y es el haber substituído la tabla por ladrillo. A más de que las casas y edificios de tabla son bastante incómodos por el viento que se cuela y por las sabandijas que por sus aberturas se introducen, ofrecen el inconveniente de tener que renovarse cada dos ó tres años. Ahora contarán con un edificio sólido y consistente. Una vez roto el muro inexpugnable que alejaba á los infieles de la Misión, confía el Padre Superior de aquella Casa que el pueblo aumentará considerablemente al rededor de las plantas de María. Roguemos al Señor para que así sea.

Concepción.—De esta Casa sólo sabemos que han aumentado el colegio con ocho niños más que les ha mandado la Divina Madre. Parece un prodigio de la gracia el que estos tiernos y desconfiados infantes antepongan el cariño y el amor á un extranjero que nunca habían conocido, al amor y cariño natural que tienen á los padres; porque el ir á la Misión equivale á decir: «Me escojo otros padres que me llevarán al cielo; adiós, pues, padres y hermanos: sé que me aborreceréis á muerte; pero no importa.» ¡Pobres criaturas! ¡Cuán grande es el poder de la vocación, que llega á romper los mismos vínculos de la naturaleza! Finalmente, nos dicen que el domingo de Ramos celebraron cuatro bautismos y un matrimonio, alegrando así á la Iglesia católica por el aumento de nuevos hijos.

Banapá.—También en esta casa van haciendo notables conquistas nuestros incansables misioneros. En carta del 2 de Mayo último nos dicen que están muy animados por el considerable aumento que va tomando el nuevo pueblo; que el 4 de Abril celebraron dos matri-

monios, y que están preparando otros muchos para más adelante. Estos cónyuges bien instruidos y cimentados en la Religión católica y pudiendo vivir al lado de los Padres de la Misión, ofrecen esperanzas muy sólidas de perseverancia. Además, uno de los jóvenes educado por los Padres misioneros escribe diciendo que en la procesión del día de Viernes Santo tuvieron la dicha y satisfacción de tocar con sus instrumentos varias y muy bonitas piezas de música; que el día de San José, patrón del pueblo de Banapá, ejecutaron los mismos jóvenes del colegio la Misa de Marull, quedando muy complacidos el señor Comandante del pontón, el señor Secretario de la colonia de Fernando Poo y cuantas personas asistieron á tan religioso y solemne acto. «Ahora, dice el citado joven, nos preparamos con los nuevos instrumentos y con otras piezas para honrar á Jesús Sacramentado en su procesión del día de *Corpus*. Todo esto lo hemos hecho con el favor que nos han prestado los señores de España mandándonos instrumentos y ropa. ¡Qué lástima que no sepamos sus nombres para poderles escri-

Prefecto fué á su pueblo natal, donde estuvo catequizando á los niños y bautizó á seis personas en el último trance; que deseoso de volver á la Misión y contra la voluntad injusta de su padre, se fugó, juntó con su esposa, en un cayuco, abandonándolo todo por seguir á Jesucristo; que ahora, gracias á Dios y al Purísimo Corazón de María, se halla muy contento en Banapá, si bien falto de todo, aun de la ropa más necesaria para él y su pobre Teresa. Por lo cual concluye diciendo: «¡Favor, favor, una limosna para esta pobrecita familia que tanto ruega en la Misa por las señoras buenas de España! ¡Cuánto bien podrían hacer los católicos españoles mandando á las pobres Misiones del Golfo de Guinea tantos objetos abandonados en los rincones de sus casas, y tantos vestidos desechados y almacenados en sus cómodas, los cuales en vez de servir de pasto de la polilla, podrían cubrir la desnudez de tantos infelices africanos!»

Santa Isabel.—Por último, de la Misión de Santa Isabel, que con ser la primera y principal podría co-



AMÉRICA DEL SUR.—Lima, capital del Perú. (Pág. 402)

bir unas cartas! ¡Reciban entre tanto los afectos de los jóvenes músicos y de los niños del colegio de Banapá.

Finalmente, otro joven de la Misión, llamado Marcos Detuma, y que no ha mucho visitó nuestra Península, en muy bien escrita carta nos dice que quedó sumamente complacido por las cosas bonitas que vió, sobre todo en Barcelona; que á su regreso estuvo cuatro días en Santa Isabel para descansar y referir muchas cosas á sus compañeros; que después con el reverendísimo Padre

municarnos bastantes noticias, es hoy la más corta y escasa en las mismas. Por una carta del Rdo. P. Sanz, párroco de Santa Isabel, sabemos que en general todos siguen disfrutando de buena salud; que se hallan algún tanto faltos de ropa de iglesia, y que han encontrado en la persona del Sr. D. José Espinosa, comandante del Pontón y capitán del puerto, un verdadero é íntimo amigo y un constante y generoso protector. Y pasando á referir algunos hechos dice el ya citado Padre: que

sin ser relojero les montó un reloj mandado de Barcelona, y que ahora quiere pintarles el altar mayor de la iglesia, para lo cual, concluye, necesitan pintura blanca de zinc ó de plata, barniz, etc., etc.

Quiera el Señor proteger con su poder y misericordia, é interesar la compasión y generosidad de tantos corazones en favor de nuestras Misiones puestas al cuidado de los que, preciándose de ser hijos del Inmaculado Corazón de María, están de continuo sacrificándose por la gloria de Dios y salvación de las almas, y también por el honor, engrandecimiento y prosperidad de la católica nación española.

AMÉRICA MERIDIONAL

Excursión á los pueblos indios.—Excelentes cualidades de éstos.—Respeto que profesan á los misioneros.

Desde la Araucanía escribe el reverendo P. Fr. José del C. Oyarzún, misionero apostólico, las dos siguientes cartas:

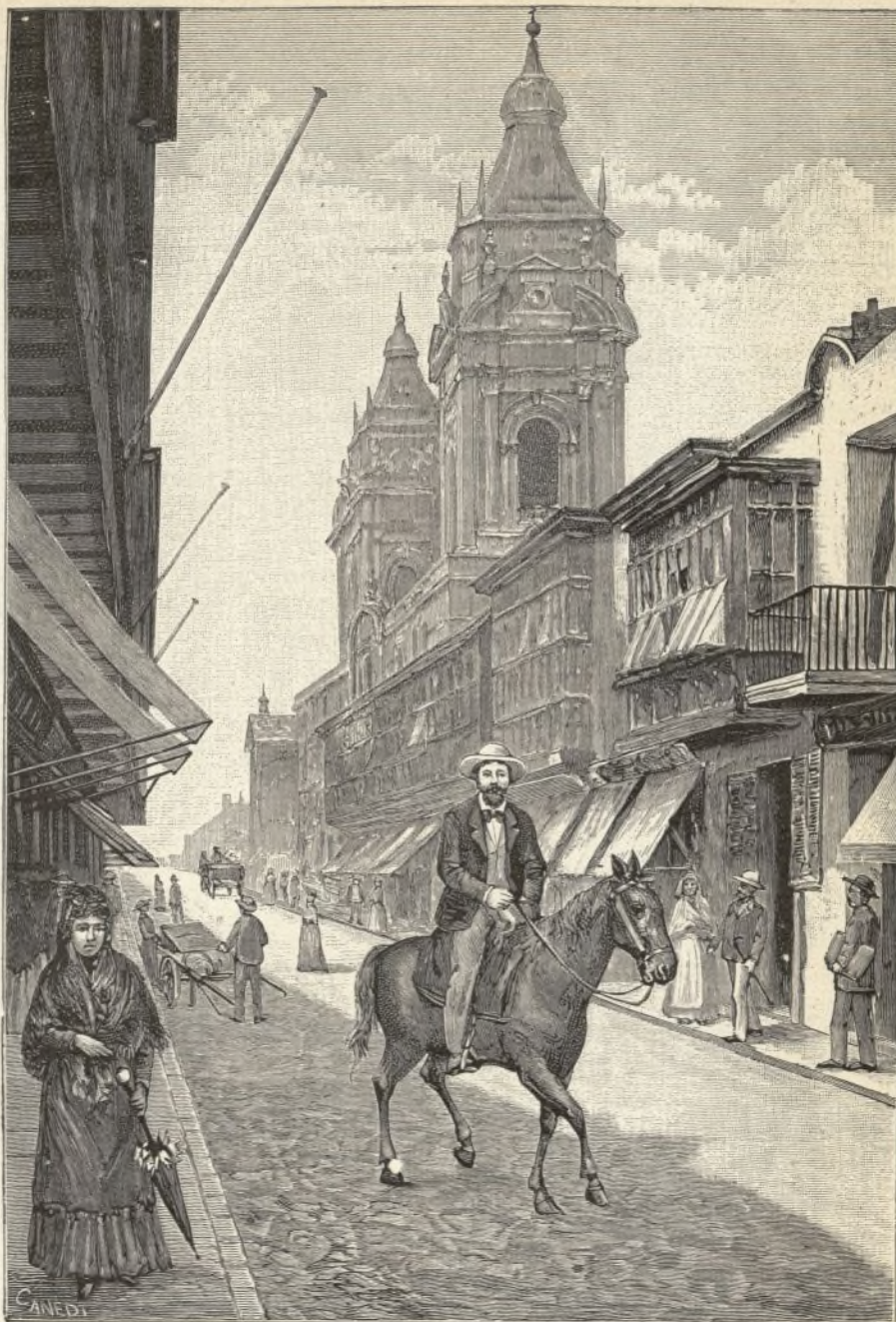
Nueva-Imperial, Noviembre 15 de 1893.

ONCE días hace que dejamos la santa casa misional de Cholchol, en la cual cosechamos abundantes y copiosos frutos de bendiciones celestiales de todos aquellos que se acercaron á oír la palabra de Dios y confesar sus pecados durante los días que duró la Misión.

El día 4 del presente, por la mañana, al rayar el alba de un hermoso día, nos dispusimos para seguir nuestro viaje á esta ciudad; distará de Cholchol como dieciocho millas.

Antes de partir de Cholchol se acercaron á nosotros los caciques principales á darnos las más expresivas gracias por los favores que la Providencia les dispensaba, enviándonos á ellos para que les diéramos á conocer la verdad que los conduce á la bienaventuranza eterna.

Muchos de ellos derramaban lágrimas por nuestra separación. Tan grande, tan tierno y expansivo es el amor que el araucano profesa al misionero que en nombre de Dios le anuncia las verdades del Evangelio. Nuestro corazón de padre no podía menos que enternecerse al ver estas almas que se inician en los conocimientos y en las enseñanzas de nuestra fe, tributando con ternura los homenajes de su gratitud á los misioneros que por ellos sacrifican su salud y todo cuanto pueden poseer.



AMÉRICA DEL SUR.—Una calle de Lima. (Pág. 402)

A estas manifestaciones de nuestros queridos araucanos, debemos añadir los que nos tributó el cristiano pueblo de Cholchol, en más de una ocasión. Siempre recordaremos esos días felices que pasamos glorificando á Dios en unión de todo un pueblo; jamás se borrarán de nuestra memoria.

Mas, era necesario salir, y efectivamente salimos muy temprano para llegar á almorzar á Nueva-Imperial.

El caudaloso río Cholchol, que baña las márgenes de la ciudad del mismo nombre, presenta un soberbio golpe de vista; lo pasamos á caballo, dividido en varios brazos: hasta las monturas cubrían sus olas á nuestras cabalgaduras.

Este río tendrá como cien metros de ancho en su parte más angosta, el caudal de agua que arrastra es considerable. Muy luego se establecerá la navegación fluvial, desde Bajo-Imperial hasta muy cerca de Lu-

maco; muchas leguas más arriba de Cholchol. Ya en otras ocasiones ha subido un vapor hasta el lugar indicado. En estos mismos días llega un vapor nuevamente construido en Europa para establecer definitivamente esta carrera.

Apartándose como dos leguas de Cholchol, se vuelve á pasar este mismo río, pero allí se pasa en un lanchón.

Antes de llegar á este lugar, desde una cumbre vecina se divisan las cristalinas aguas del río indicado, el serpenteo de su corriente y la suavidad con que se desliza hasta llegar á juntarse con el Cautín para formar el caudaloso río Imperial.

Un objeto curioso detuvo desde la altura nuestra marcha. Divisábamos como una falúa que rompía la corriente del río y que se acercaba á nosotros; de repente la perdíamos de vista y siempre acercándose al lado opuesto, hacia donde debíamos llegar. ¿Qué es eso? nos preguntábamos unos á otros, y como ignorábamos el camino y el lugar del balseo, tuvimos que acercarnos más que de prisa hacia el bulto que era el objeto de nuestra incertidumbre y de nuestra curiosidad. ¿Cuál no sería nuestra sorpresa cuando vimos que uno de nuestros queridos indios, divisándonos desde la otra altura opuesta, toma su caballo y se bota á nado para venir á nuestro encuentro y mostrarnos el camino que conduce al lugar del balseo? Desde lejos nos grita:

—¡Alto ahí; está muy profundo el río! no es éste el camino, yo vengo á enseñároslo. Divisé á mis Padrecitos y vine á salvarlos, nos dijo emocionado. Ya sabíamos que venían á visitarnos en nuestras *rucas*.

Este fué el saludo salvador que nos dirigió el corazón amante y fiel de este araucano, que demuestra hasta la evidencia la hidalguía de una raza heroica, para corresponder á los misioneros Franciscanos.

—Por las reducciones del Cholchol, nos dijo este indio, hemos sabido que nuestros *patirus* nos venían á visitar en nuestras *rucas*.

—¿Aceptáis vosotros de voluntad estas visitas, le repliqué, de los misioneros Franciscanos?

—Sí, sí, respondió el indio: nosotros los queremos, porque nos bautizan, porque nos saludan, porque nos dan de comer en sus casas y educan á nuestros hijos. A nadie le debemos más que á Vds., y por esto para que no se mojaran ni se ahogaran en este río, desde que los divisé al otro lado, pasé á nado el río, para mostrarles el camino.

Cuando hablaba el indio estaba tan impresionado que sus ojos se bañaron en lágrimas, y su semblante todo demostró las impresiones de alegría que alimentaba ese generoso y abnegado corazón. Por otra parte, nosotros que hacemos las veces de padres de esta raza de héroes, viendo tan bien compensados nuestros sacrificios y nuestro amor con este acto de gratitud, dimos gracias á Dios porque este indio había hecho las veces de ángel, conduciéndonos gratuitamente hacia el camino que conduce á Nueva-Imperial.

Al otro lado del río había varios indios que nos esperaban para saludarnos y preguntarnos el día que vendríamos á visitarlos en sus reducciones. Les dimos varios consejos, según el tiempo lo permitía, y después de darles la bendición y las gracias por el amor que demostraban á sus misioneros, nos despedimos de ellos,

y proseguimos nuestro camino, que se había dilatado é interrumpido por las razones que dejo expuestas. Desde este río hasta llegar á Nueva-Imperial, los campos están cubiertos de cereales formando horizonte; por todas partes se divisan en lontananza bosques encantadores que con su verdor y vegetación admirables encantan la vista del viajero que por primera vez visita esos lugares.

Después de dos horas y media de viaje llegamos á la Misión de Nueva-Imperial.

Allí nos esperaba el Rdo. P. superior de la Misión Fr. Juan E. Vera, que con el Rdo. P. Fr. Francisco Sánchez sirven en el ministerio apostólico á la numerosa población de Nueva-Imperial, como á las reducciones de indígenas que están entre el río Cholchol y Cautín, y al Sur de éstos hasta la confluencia del Imperial con el Océano Pacífico.

La población de Nueva-Imperial tendrá como cuatro mil habitantes, y está situada al Sudoeste del río del mismo nombre. Nuestra Misión está colocada en la cumbre de una suave loma, al Sudoeste de la población, desde la cual se divisa toda la ciudad y las extensas llanuras de Boroa, á la margen opuesta del río Imperial.

Nueva-Imperial, Noviembre 25 de 1893.

Diez días ha que estamos misionando en esta ciudad. Por todas partes se había extendido la noticia de nuestra llegada. La sociedad cristiana de este pueblo, desde el principio oyó gustosa la palabra de Dios, anunciada por sus ministros para instruirlos y fortalecerlos en la fe de Jesucristo.

No sólo me preocupo del fruto espiritual conquistado con la gracia de Dios en estas correrías apostólicas, sino también quiero proporcionar algunos datos históricos que muy bien podrán servir más tarde para la historia general de nuestras Misiones: añadiré á éstos, las distancias que hemos recorrido, para que nuestros lectores que visiten estos lugares tengan un guía seguro, que les muestre las vías de comunicación que con tanto peligro recorrieron los antiguos misioneros, y que hoy día, gracias á los progresos de nuestra época, se han convertido en asilos de la industria nacional y de donde el pueblo chileno recoge en abundancia el fruto de sus trabajos.

Cuatro años ha que por disposición del venerable Discretorio del Colegio de Castro se ordenó se fundara la Misión de San Miguel Arcángel de Nueva-Imperial.

Al efecto fueron designados dos beneméritos sacerdotes para que realizaran esta obra tan necesaria á un pueblo naciente, que no tenía ningún auxilio religioso, sino el que proporcionaban de vez en cuando nuestros misioneros. Los Rdos. PP. Fr. Juan E. Vera y fray Buenaventura Vera (1) son los primeros apóstoles que

(1) Este abnegado sacerdote, víctima de la caridad cristiana, agobiado por el trabajo de las Misiones, murió en la paz del Señor el 3 de Julio de 1893. Está sepultado en la misma capilla misionarial. El pueblo entero, sin distinción alguna de clases, lo recuerda con gratitud; continuamente se ven fervorosas personas, orando enternecidas junto á su tumba. Así premia Dios á los bienhechores de la humanidad.

se establecieron, y fundaron definitivamente esa Misión; han trabajado sin descanso por moralizar las costumbres; y, por lo que mira á las conversiones de indígenas, bien podríamos decir que en gran parte las numerosas reducciones han recibido la fe cristiana.

La casa misional se compone de un claustro bien cerrado, suficientemente capaz para establecer un colegio. En la actualidad echan los cimientos del nuevo templo, teniendo ya aglomerados gran cantidad de materiales.

Los moradores de Nueva-Imperial no han negado su cooperación al establecimiento de esta casa religiosa; por el contrario, han mostrado su desinterés en más de una ocasión, ayudando eficazmente al aumento de la fe, la piedad y la civilización cristiana.

Dedicados exclusivamente al servicio religioso durante la santa Misión, no ahorrábamos sacrificio alguno. Tanto en las pláticas doctrinales y morales, como en los sermones y en las instrucciones catequísticas, no dejábamos de inculcar al pueblo que fuera agradecido á los beneficios de la redención. Recibieron la Santa Comunión cerca de mil personas, bautizamos á cincuenta y un indígenas, y se celebraron cinco matrimonios.

Nuestros queridos indios se mostraban sumamente contentos por la visita que recibían de sus misioneros. En verdad causaba un profundo dolor en nuestra alma, toda vez que teníamos que separarnos de ellos. No obstante, concluida la Misión y las correrías resolví dar un triduo solemne á petición del reverendo Padre Superior. El objeto de esta fiesta era el siguiente: días antes había llegado de Santiago una hermosa imagen de la Inmaculada Concepción, regalada á esa Misión por el muy Rdo. P. Fr. Marcos Bula, la que fué bendecida en este día.

No podíamos menos que hacer resaltar el amor y la devoción que la Orden Franciscana debe profesar á su Patrona universal; por esto todo se arregló convenientemente para solemnizar lo mejor que podíamos, y revestir á este acto solemne de todos los encantos que la Religión cristiana pone en manos del sacerdote católico, para atraerse la correspondencia á la gracia de un pueblo que invoca de corazón á la Madre del Redentor.

A las nueve de la mañana se dió principio al acto; varios caballeros y señoras de la ciudad hicieron de padrinos. Celebró la Misa solemne el Superior de la Misión, y le sirvieron de diácono y subdiácono el que suscribe y el Rdo. P. Fr. Francisco Sánchez. El sermón de estilo lo predicó el que suscribe, y el reverendo P. Fr. Marcos Bustamante ofició la Misa, que fué ejecutada con toda maestría.

No podemos menos que dar infinitas gracias á Dios por los bienes inestimables que dispensa á estos pueblos por la predicación apostólica. Con toda la efusión de nuestras almas hemos sembrado la semilla apostólica en muchos corazones inocentes y penitentes. Nuestros misioneros la seguirán regando con los ríos de la divina gracia, y Dios les dará el incremento de salvación y de vida eterna.

EN EL KILIMA-NDJARO

(ÁFRICA ORIENTAL)

POR EL P. ALEJANDRO LE ROY, MISIONERO APOSTÓLICO

XVIII.—En la montaña: Matchamé

En camino para Matchamé.—Revolución y guerra civil.—Una posición interesante: abocados á la eternidad

Ciertas indicaciones de Mandara, no menos que noticias particulares que hemos recogido, nos convencen de que nuestra exploración al Kilima-Ndjaró no será completa si no visitamos la parte occidental de la montaña.

El 24 de Agosto, pues, emprendimos la marcha; esta vez con el Sr. de Eltz, que quiere poner á nuestra disposición, con el conocimiento que tiene del país y la autoridad de que goza, su cocina y su guardián. Por un claro del bosque bajamos rápidamente la montaña, damos una vuelta al Oeste, atravesamos el distrito de Uru, y después de haber pasado el río Rau, pernoctamos junto á un riachuelo, donde llaman nuestra atención numerosas huellas de elefante.

El día siguiente, después de una marcha muy penosa á través de un país desierto, y del paso de tres ríos importantes, el Umbo, el Magowa y el Weru-Weru, dejando á la derecha los distritos de Kibosho y Kindi, remontamos bruscamente al Norte, y nos internamos en un bosque frondosísimo, en donde felizmente nos preceden dos guías de Mandara. No hay aquí camino, pues no merece tal nombre el angosto sendero apenas indicado bajo las ramas y entre las mimosas. Así es que puede decirse que en vez de andar trepamos, nos deslizamos ó saltamos según los casos. Como es consiguiente, los cargadores sufren mucho, á causa de que los paquetes se enredan en la maleza.

Vamos á Matchamé, á lo que parece el más extenso y bello de los distritos del Tchaga, pero al presente castigado por la guerra. Habiendo muerto el anciano sultán, sus dos hijos están igualmente deseosos de sucederle para hacer la felicidad de la patria. Ngameni por una parte, sostenido por Mandara, de Motchi; y Shangali por otro, protegido por su vecino Sina, de Kibosho. Contra Sina y Shangali los guerreros aliados de Fumba, Mandara y Ngameni han venido á operar estos últimos días; pero, desconfiando de vencer á sus adversarios, se han retirado, llevándose algunas mujeres y niños, y dejando más esquilmo el país.

El Sr. de Eltz quisiera estudiar la situación, y le acompañamos para adquirir los datos que nos son convenientes. Temiendo ser atacados por Sina, hacemos un rodeo por el bosque. Después de una marcha prolongada llegamos á un punto donde se ven restos de hogueras á lo largo del angosto sendero: es el campamento original de los guerreros de la triple alianza, que han pasado aquí la noche, acostados en hilera, y protegidos por el impenetrable bosque mejor que por todas las casamatas que hubieran podido construir.

Al extremo del bosque se descubre un paisaje magnífico.

Advertido por un correo, Ngameni envía á nuestro encuentro una escolta, invitándonos á acampar junto á



MARTIRIO DE LOS SIETE HERMANOS MACABEOS Y SU HEROICA MADRE. (Pág. 408)

Ayuntamiento de Madrid

su residencia, á causa de los peligros que corremos por estar revuelto el país.

Bajamos por una pendiente rápida, semejante á una escalera, al cauce profundamente encajonado del río Kikavu (río Seco), que corre con estrépito como entre dos murallas enormes. Lo vadeamos, no sin trabajo, y entramos en el territorio de Ngameni. El pobre muchacho, primogénito del rey difunto, queriendo ser su heredero, se ve como desterrado en su propio país. En efecto, mientras que su hermano Shangali ocupa la parte superior; su tío, rebelado también, es casi independiente en el Oeste: al Este Sina lo domina todo con sus guerreros, quedándole apenas á Ngameni el Bajo Matchamé, donde más de un grupo aguarda ver la marcha de los sucesos, para declararse por el más fuerte. Respecto á la parte central, donde residía el anterior soberano, está por ahora abandonada, y sirve de arena común en donde se encuentran los combatientes. Decididamente el oficio de rey no es siempre muy cómodo.

En Matchamé, como en el resto del país Tchaga, no hay ningún pueblo propiamente dicho: cada familia reside en su casa, en su cercado y en medio de sus tierras (*V. el grabado de la pág. 404*). En tiempo de paz este sistema es perfecto; pero al sobrevenir la guerra, las familias pueden ser muertas ó capturadas una tras otra. Así, á orillas de los ríos, de lecho muy profundo, han formado vastos campamentos atrincherados, en donde se refugia ó se amontona la población, con todo el mobiliario, provisiones y ganado que puede llevarse. Estos campamentos están rodeados de fosos de tres ó cuatro metros de ancho por siete ú ocho de profundidad: péntrase en el pueblo provisional por medio de una palanca que puede retirarse á voluntad. Estos fosos, que suponen un trabajo considerable, son excavados por una corriente de agua que á ellos dirigen para ablandar y arrastrar la tierra, y cuya acción secundan con grandes piezas de madera.

El campamento que ocupa Ngameni se compone de unas trescientas cabañas construidas á toda prisa. Al otro lado del río se ve otro semejante. Los visitamos repetidas veces, y verdaderamente mueven á compasión. Aquellos infelices están literalmente amontonados, y apenas se halla sitio donde sentar el pie. Así es que hay allí muchos enfermos, algunos moribundos; causa estragos la disentería y la viruela, y reina una miseria profunda y repugnante suciedad. Siquiera nos cabe la dicha, en medio de tanta miseria, de bautizar á algunos niños, las primicias del

Kilima-Ndjaró: ¡ojalá las almas de estos inocentes, al entrar en el cielo, intercedan eficazmente por su país, y le atraigan la misericordia y la salvación!

Ngameni, que tendrá unos veinte años, no parece gran guerrero ni gran diplomático, á pesar de la larga pieza de tela roja que cubre de la cabeza á los pies á Su Majestad contestada. Por lo demás, nos recibe como verdaderos salvadores. Sin discusión acepta del Sr. de Eltz todas las proposiciones que se le hacen; y al saber que nosotros pudiéramos avenirnos á fijar nuestra morada en su país muéstrase muy contento, lo mismo que sus ministros, sus consejeros y toda la población.

Por desdicha en las circunstancias actuales esto tal vez no sea prudente ni posible. El Ilmo. Courmont, sobre quien recae toda la responsabilidad, teme una catástrofe. El P. Augusto y yo, que podemos ser menos



AFRICA ORIENTAL.— Un lanzazo. (Pág. 388)

prudentes, calculamos la influencia extraordinaria que la misma situación pudiera dar á la Misión, y entre tanto, durante los tres días que siguen, obtenemos se nos permita á ambos recorrer los alrededores para estudiar el país y á sus habitantes, con la condición, sin embargo, de que nos abstendremos de penetrar arriba, en la zona peligrosa.

Observamos la consigna; pero casi sin advertirlo la infringimos, y en la mañana del tercer día nos adelantamos muy decididos. Por lo demás, ninguna mala intención nos mueve: sólo nos acompañan dos hombres con un fusil, y ni siquiera llevamos provisiones. Insensiblemente remontamos el río, y vemos á nuestro paso los plataneros destruidos, las chozas derribadas, rotos los utensilios de cocina, y á trechos cráneos roídos por las hienas. ¡Es un espectáculo desconsolador! ¡Consecuencias de la guerra! Y los que felices vivían en estos apacibles cercados ¿dónde están? ¡Ay! preguntadlo á los negreros musulmanes de la costa, á los propietarios de Mombaza, Pangani y Pemba...

A pesar de todo, ¡qué bello país! No hay aquí, como en Motchi y aun en Kilema, esa serie de colinas y barrancos que tanto fatigan, sino que desde el pie de la montaña el suelo va elevándose por una pendiente suave y uniforme, hasta las vastas praderas alpinas que se ven allá sobre el bosque virgen, desde donde descienden las aguas en ríos, riachuelos y torrentes para derramar por la inmensa y fértil meseta de Matchamé la riqueza y la vida. Dominándolo todo con su serena majestad, el maravilloso Kibo se levanta aquí más cerca y más cargado de nieves, mientras que en el confin del horizonte la afligranada cabeza del Kima-wenzé corta el cielo con su negro perfil. Para completar el cuadro, aquí cerca, detrás de las verdes plantaciones de la opuesta orilla, flotan y suben nubes blancas y ligeras como inmenso velo de gasa.

Y nosotros continuamos, continuamos andando...

Bajamos hasta un río, donde el agua corre con estrépito á través de enormes rocas de lava negra. Los campos y los caminos están desiertos. Toda la población se ha retirado, dejando á quien quiera tomarlos los hermosos racimos de plátanos que se encuentran por do quiera, ora en troncos gruesos como el cuerpo de un hombre, ora pudriéndose en el suelo. De vez en cuando se ven algunas chozas abandonadas.

Más adelante nos llama la atención un bosquecillo de grandes árboles, multitud de viviendas arruinadas, circuidas de una valla, lo que no es común en esos párajes. Las habitaciones tienen puertas de un metro de anchura. Por todas partes hay utensilios de cocina, enormes vasijas para hacer cerveza, etc. En medio de la aldea corre un riachuelo formando cascada. Más tarde sabemos que es la antigua residencia del rey, el palacio, que será, si queremos quedarnos aquí, el lugar que Ngameni nos destina con los plataneros adyacentes.

—¿Si subiésemos á aquella meseta? digo á mi compañero.

Y subimos; pues el P. Augusto es tan bueno, que siempre estamos de acuerdo. En el suelo hay muchos hoyos practicados por los tchagas, quienes se refugian en ellos en tiempo de guerra para librarse de los golpes enemigos, y en caso necesario hieren á los inva-

sores sin ser vistos. Desde allí se domina el país, y la vista se extiende á lo lejos.

—¿Si ahora subiésemos á aquella eminencia?

Apenas había hecho esta propuesta cuando se oyen gritos extraños, y de un platanar próximo salen hombres semidesnudos armados con flechas, fusiles, lanzas y rompecabezas, que nos rodean dando grandes voces. Todos nos hostigan, empujan y registran, y entre sus estentóreas voces oímos éstas:

—¡Son hechiceros! ¡espías! ¡Matémosles!

Uno de los salvajes da una vuelta rápida, á la vez que prorrumpe en rugidos, y repetidas veces nos acomete con su lanza, que por fortuna sólo desgarrá nuestros vestidos. (*V. el grabado de la pág. 397*).

Por último le contienen.

—Creo, dice el P. Augusto palideciendo, que es hora de prepararse.

—Aguardemos á que uno de nosotros caiga, le contesto, poco menos pálido que él; el otro le dará la absolución y la recibirá.

Por suerte, no dejamos se trasluzcan al exterior las emociones que nos agitan. Por lo demás, toda vez que el misionero, como el soldado, está expuesto á caer cualquier día en el campo de batalla, tanto vale el Kilima-Ndjaró como los pantanos de la costa, un lanzazo que un ataque de calentura. Aquí, por lo menos, habremos encontrado el término del camino en el ejercicio de nuestras funciones apostólicas, aunque ligeramente de contrabando, buscando un sitio nuevo donde plantar la cruz del Redentor y erigir un altar.

Los dos hombres que nos siguen no comparten, como es de suponer, nuestras ideas, y están asustados y temblorosos.

Mostrándonos muy sorprendidos por la bulla que movían los guerreros; tranquilos y sonriendo todo lo posible, pedimos un poco de silencio, y acabamos por obtenerlo. De entre la banda endiablada sale entonces un individuo que habla suahili (el intérprete de los negreros), que es uno de los más provocadores; pero por lo menos sabremos el motivo por que van á atravesarnos; ¡vaya un lenitivo!

—¿Quiénes sois? pregunta insolentemente.

—Ya lo ves. No es posible recibir con más descorresía á viajeros que vienen de tan lejos para veros.

—¿Viajeros vosotros?

—Ni más ni menos. Hombres que han oído hablar de las bellezas de este país, y que pasean... ¡Ahora, si está prohibido mirar esta montaña, no temáis más que hacer sino decirlo, y la hubiéramos observado desde abajo!

—¿Acaso no sabes que Matchamé está en guerra? Cuando uno quiere pasear, escoge otros momentos. ¿Por qué has acampado en el territorio de Ngameni?

—En una parte ú otra es preciso instalar el campamento. El otro día en territorio de Fumba, ayer en el de Mandara, hoy en el de Ngameni, y mañana en el de Sina; nosotros vamos á todas partes.

—¿Mañana en el territorio de Sina?

—Sí, es grande amigo nuestro.

—¡Cuán bien saben fingirse inocentes! Pero aguar-

dad, pronto quedarán confundidos... Veamos, ¿para qué estas máquinas? ¿Por ventura no vemos que esto sólo puede servir para hacer sortilegios contra el país?

Entre la multitud:

— ¡Ah! ¡ah! ¡Vedles perdidos! ¡No podrán justificarse!

Entonces contesto:

— ¿Estas máquinas? ¡Cómo! ¿Tú que eres inteligente y hablas suahili como un maestro, no comprendes que esto sirve para guardar mariposas y hierbas? ¡Ten, mira, gran borrico! Hierbas: vosotros nada entendéis de esto: nosotros, los europeos, sacamos de ellas medicinas.

Y dirigiéndome hacia el P. Augusto, le digo en suahili de manera que se me comprenda:

— ¡Es fuerte cosa que esta gente reciba tan mal á hombres como nosotros, que viajamos por el bien de la humanidad doliente!

— Verdaderamente, contesta, que esto alienta muy poco: tanto peor para ellos si en la próxima luna les arrebatara la viruela...

— Vosotros sois espías, replica el intérprete, y detrás de vosotros habrá por allí soldados ocultos, ¿no es cierto?

— Has perdido la cabeza ó nos tomas por imbéciles. ¡Si hubiésemos querido espiar no hubiéramos venido á la luz del día, ni tomado por guías hombres de Ngameni! ¿Haceros la guerra?... Tomad, ahí tenéis toda la pólvora y el plomo que nos resta.

Y diciendo esto, distribuyo entre los presentes un poco de pólvora y plomo que por casualidad tenía en el bolsillo.

Este regalillo, en apariencia tan contrario á nuestros intereses, les desconcierta. Hablan entre sí, comunicanse sus impresiones, y se consultan. Un joven, que más tarde hemos sabido era Shangali en persona, el hermano enemigo de Ngameni, nos mira al parecer con complacencia. Tras prolongada discusión se nos propone la transacción siguiente: en vez de quitarnos la vida en el acto, sin saber al fin y al cabo quiénes somos y qué queremos, se despediría á uno de nosotros para el campamento, quedando el otro en rehenes.

A falta de mejor recurso, aceptamos este *modus vivendi*. Convenimos en que el P. Augusto partirá con nuestros dos hombres, conducidos por un pelotón de soldados, mientras yo quedaré como prisionero de guerra hasta más amplia información.

Mas calculando luego las dificultades que su detención causaría al Ilmo. Courmont y al Sr. de Eltz, digo con aire preocupado dando una familiar palmadita al general en jefe:

— Pláceme quedar aquí, pues parecéis muy buena gente. Sólo que os confieso tengo un hambre terrible, y que mi estómago de hombre blanco no está acostumbrado á vuestros alimentos: no todas las aves comen los mismos granos. ¿Qué haréis de mí? ¿Y si enfermo y muero? Hay bestias que no soportan la esclavitud ni un solo día...

Aprovechando esta idea, Hamisi, que es un hablador de mérito, pero á quién el miedo había hasta entonces entorpecido sus facultades, apresuróse á añadir:

— Debo deciros que si sucumbe en vuestro poder

este hombre, el primer europeo que ha llegado hasta aquí, será asunto de que se hablará largo tiempo desde Mombaza hasta Kabirondo... Entonces ¡adiós rebaños de bueyes y campos de plátanos!... ¡Ah, Matchamé, Matchamé, que has comido la piel del primer blanco que te había saludado!... ¡Ahora haz lo que quieras! Allá veremos...

Escuchan atentamente los nobles guerreros estas palabras, y tras breve silencio grita el más viejo de la banda;

— ¡Partid pronto, partid todos, y llevaos vuestras máquinas!

Nos marchamos pausadamente, pues se nos espía y quizá nos siguen; pero apenas se interpone alguna barrera entre nuestros vigilantes y nosotros, atravesamos con rapidez los campos, corremos lejos de los senderos, atravesamos el río, y volamos á nuestro campamento.

Es casi de noche. Poco á poco vuelven los soldados de Ngameni, que mandaron en todas direcciones para buscarnos. Durante la cena damos de nuestra prolongada ausencia una explicación poco satisfactoria; pero comemos con buen apetito, lo que prueba que, á Dios gracias, hemos salido de nuestra aventura sanos y salvos.

VIAJE AL SINAÍ

POR EL R. P. MIGUEL JULLIEN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

XXXIII

Deir el-Arbain y djebel-Katherin

REMONTANDO el valle, en menos de media hora llegamos á bellas plantaciones de olivos, higueras y otros árboles, en medio de los cuales se halla el lindo monasterio de los Cuarenta Mártires, Deir el-Arbain, que no tiene otra abertura exterior que una puerta baja. Únicamente había allí una familia de beduinos djebeliyebs, encargados del cultivo de las tierras. Abandonado el monasterio hace más de un siglo, sólo de vez en cuando van á él dos ó tres monjes de Santa Catalina para vigilar la propiedad ó recibir á los peregrinos.

La iglesita abovedada, sombría y devota; el minúsculo claustro, con sus celdas muy aseadas en el piso superior; los altos cipreses, pararrayos tradicionales de los viejos conventos, y sobre todo el sitio solitario, lleno de piadosos é ilustres recuerdos, presentan un encantador retiro capaz de hacer las delicias de piadosos contemplativos.

El monasterio está dedicado á Cuarenta Mártires, solitarios de estas montañas, sacrificados por los bárbaros en tiempo de Diocleciano. Amonio, que vino de Palestina al monte Sinaí para edificarse con los ejemplos de los santos anacoretas que lo habitaban, fué testigo de estas escenas de carnicería, y nos dejó el relato de las mismas.

Aquellos grandes Siervos de Dios llevaban en cuerpo mortal una vida más angélica que humana. Su abstinencia era asombrosa; sólo comían dátiles y otros fru-

tos de la comarca, renunciando al vino, al aceite y aún al pan. Sólo había pan en la celda de su superior, para repartirlo á los forasteros, á quienes recibían siempre con la mayor caridad. Pasaban toda la semana en sus celdas, y únicamente se reunían el sábado por la noche en la iglesia con objeto de hacer en común las oraciones. En la mañana del domingo comulgaban juntos, y fortalecidos con el celestial alimento volvían al silencio y á las austeridades de sus celdas.

Mientras que estos hombres de paz glorificaban al Señor con sus alabanzas y la pureza de su vida, muchos sarracenos invadieron repentinamente su soledad el 28 de Diciembre, dando muerte á cuantos encontraron en las celdas aisladas: luego se acercaron á la torre, á donde se habían retirado el abad Dulas, Amonio y algunos otros monjes de las celdas más próximas. Fácil les hubiera sido á aquellos bárbaros apoderarse de la torre y quitar la vida á todos los que se refugiaron en la misma; mas el Señor hizo aparecer en la montaña una llama prodigiosa mezclada con humo, que se elevaba hasta las nubes, con lo que asustados los sarracenos, emprendieron la fuga, abandonando sus armas y camellos.

El abad Dulas, Amonio y sus compañeros, después de dar gracias á Dios por verse libres, empezaron á recorrer las celdas devastadas. Además de doce monjes inmolados en el monasterio de Bethrabee, hallaron en las celdas treinta y ocho muertos y dos heridos, Isaías y Sabas, únicos cuyos nombres han llegado hasta nosotros. Isaías espiró al cabo de pocas horas. Sabas parecía debía curar de sus heridas; mas este perfecto Religioso, que sólo aspiraba á la vida inmortal, conjuró al Señor que le juntase con sus compañeros Mártires, á fin de que nada faltase al número misterioso de cuarenta (1), y espiró el cuarto día.

A ciento cincuenta pasos del monasterio, á la opuesta orilla del riachuelo y cerca de un estanque, hay la ermita de San Onofre, modelo de lo que podían ser las mejores celdas de los antiguos solitarios. Un paso tortuoso entre dos peñas conduce á un reducido patio, por el que se entra al pequeño oratorio y á la gruta de la ermita: ésta tiene cuatro metros de ancho y sólo uno y medio de alto, terminando en un rincón donde no penetra la luz.

El anacoreta San Onofre, á quien conmemora la Iglesia el 12 de Junio, vivió lejos del Sinaí, en los desiertos al Poniente del Nilo; pero fué sin duda honrado en

los primeros tiempos por los solitarios de estas montañas, pues un monje que le encontró en sus peregrinaciones por el desierto, vino á referir su maravillosa historia á los solitarios de Elim, habiendo sido conservada su relación (1).

Conviene partir de Deir el-Arbain para subir en un día al djebel-Katerin y volver al monasterio grande. Se han hecho ya dos horas de camino, y faltan cuatro para llegar á la cumbre. La fatiga que causa esta ascensión es extraordinaria, y el H. Euthymios nos propone pasar la noche en las celditas de Deir el-Arbain.

El camino sigue primero por una garganta peñascosa, y cada vez más estrecha, en la que se ven algunas inscripciones. Al cabo de hora y media se halla una fuente de agua muy buena, la fuente de las Perdices: Bir ech-Chunnar. Desde allí un sendero apenas formado lleva hasta la cumbre. La plataforma de ésta sólo tiene algunos metros de ancho, y la capillita de Santa Catalina ocupa la mitad.

En esta cumbre, la más alta de toda la península (2,602 metros), es completo el panorama que se descubre en todas direcciones, si se exceptúa la pantalla que forma al Sudoeste el djebel-Umm-Chomer (la madre del hinojo).

Esta montaña, según las medidas del *Sinai-Surrey*, sólo tiene veintisiete metros menos que el djebel-Katherin. Al Norte el Serbal y el djebel-el-Benat se proyectan sobre las blanquecinas alturas del desierto de Tih. Al Poniente hay las estepas desoladas de el-Qa'a, y luego el golfo de Suez y su orilla africana. Al Levante, sobre un océano de peñascosos picos, brilla el golfo de Akabah, dibujándose en el más lejano horizonte las montañas de Arabia.

XXXIV

San Juan Climaco

San Juan Climaco vino al Sinaí á la edad de dieciséis años para aprender la perfección bajo la dirección de los solitarios. Su maestro fué un santo anciano llamado Martirio.

Después de un noviciado de cuatro años, hizo la profesión religiosa en el monasterio, y á la muerte de Martirio, en 560, resolvió abrazar la vida de los anacoretas, y retiróse á una celda del valle de Thola, al pie del Sinaí, á cinco millas de la iglesia. A fin de apartarse más y más del comercio de los hombres, hízose una gruta en una peña de las cercanías, donde se encerraba de vez en cuando, entregado á la más sublime contemplación.

Por los años 600 nuestro Santo fué elegido, por voto unánime, abad del monte Sinaí, y superior de todos los monjes y anacoretas del país. Poco después de su elevación una rigurosa sequía y el hambre desolaron la comarca, y merced á sus oraciones cesó el azote.

A instancias del Bienaventurado Juan, abad de Raithé, esto es, de Thor, escribió un excelente resumen

(1) «Que el número cuarenta nos sea sagrado y se recomienda por una especie de perfección, es cosa conocida de vuestra caridad, y con frecuencia atestiguada por las Divinas Escrituras,» dice San Agustín. (*Tract. 17 in Joan.*). Este número, en efecto, parece especialmente consagrado á la penitencia por la voluntad divina. El Señor condenó á Israel á las privaciones del desierto durante cuarenta años antes de ponerle en posesión de la tierra prometida. Quiso que Elías y Moisés ayunasen cuarenta días antes de recibir sus más íntimas comunicaciones. El mismo Dios hecho hombre inauguró con cuarenta días de ayuno su vida de milagros y de divinas predicaciones.

Para los cristianos de Oriente el número de cuarenta no es solamente el de la penitencia, sino también el número perfecto, que añade valor á todas las cosas; así es que gustan hallarlo ó ajustarlo en todo lo que excita su admiración. Quizá débese á esto la veneración particular que las Iglesias orientales, tan ricas en Mártires, profesan á los Cuarenta Mártires de Sebaste. Su fiesta es de precepto entre los griegos y maronitas.

(1) Bolandistas, t. XXIII, p. 19.

de las reglas de perfección cristiana, y lo tituló *Climax* ó Escala: de ahí su nombre de Climaco. Entre los numerosos ejemplos de perfección que mezcla con los preceptos, describe la vida de los santos penitentes en el monasterio de la Prisión, situado á una milla sobre su ermita de Thola.

Poco tiempo antes de su muerte renunció su dignidad y retiróse á Thola, donde murió el 30 de Marzo de 605, á la edad de ochenta años.

Vamos á visitar estos lugares. El valle de Thola, hoy uadi et-Tla'a, es un valle profundo al Oeste de la llanura de er-Raha y del Nakh-el-Haua: desciende paralelamente á estos dos valles, de los que sólo le separa

pequeño monasterio de los Santos Cosme y Damián. El H. Euthymios, como todos los griegos, llama á estos Santos, *anargyres* ó *Αναργυροι*, lo que quiere decir *sin dinero*. Recuérdase, en efecto, que estos dos hermanos árabes, médicos de profesión, recibieron del Espíritu Santo el don de curaciones milagrosas, y que desde entonces no hicieron pagar sus servicios, atendida la recomendación del Salvador á sus Apóstoles: *Gratis accepistis, gratis date*: «Lo que recibisteis gratuitamente, dadlo gratis (1).»

Un poco de agua, algunos árboles frutales y una plantación de olivos cubren una hectárea de terreno al rededor del monasterio. Está éste deshabitado, pero en excelente estado de conservación. En el interior hay una capilla, algunas casitas adosadas á la muralla, y



AFRICA ORIENTAL.— El Kilima-Ndjaro (vista tomada desde Matchamé, al S. O.). (Pág. 398)

una estrecha cordillera de altas rocas, echándose en el uadi Selaf después de un curso de quince kilómetros.

Franqueamos la cordillera frente la abertura del uadi Ledja, en un desfiladero formado por altas peñas. Los antiguos solitarios tallaron en el granito una escalera de peldaños casi regulares, trabajo considerable, que demuestra la energía y paciencia de aquellos hombres de oración. Nos alienta en esta penosa subida el recuerdo de que San Juan Climaco y muchos otros Santos ignorados del mundo subieron estos escalones todas las semanas, desafiando el calor ó la nieve, para dirigirse á la iglesia del monasterio.

En la cumbre del desfiladero la hendidura se ensancha y desaparece, viéndose muy pronto, en medio del verdor de los árboles que cubren el fondo del valle, el

un hermoso huerto donde crecen naranjos y otros árboles mezclados con vides.

Esto debe ser la antigua laura de los santos ermitaños penitentes, que San Juan Climaco y muchos peregrinos de los pasados siglos (2) llaman La Prisión. Los solitarios podían, sin salir de su cerca, respirar el aire puro, gozar del sol, y aun recrearse un poco en el huertecito de su voluntaria prisión.

El sendero que conduce á la ermita de San Juan Climaco, sigue durante media hora por la vertiente occidental del valle. Dos magníficos algarrobos en una pe-

(1) Matth. x, 8.

(2) *Pèlerinage de Basile Poniakou* (1558-1561); en los *Itinéraires Russes* publicados por la Sociedad del Oriente Latino. Ginebra, 1889.

queña meseta, á cien metros sobre el fondo del valle, señalan el emplazamiento de la celda del Santo. Cada uno tiene dos metros de ancho, y pertenecen á un griego de Thor y á un beduino de la montaña. Corre á sus pies una fuentecita.

El sitio es agradable. Desde esta altura las bóvedas de verdor, escalonándose por intervalos en el valle, en medio de rocas oscuras, hacen el efecto de charcos de agua en una comarca cubierta de lava.

La gruta del Santo hállase cuarenta metros más arriba, á unos doscientos pasos de la celda, tan oculta que sin guías sería difícil dar con ella. Por un estrecho agujero éntrase en una pieza casi circular, de unos cinco metros de ancho, que tiene en la parte del Norte tres ventanas, de sólo veinte centímetros de anchura. Apenas puede permanecerse en pie en el sitio donde es más elevada la bóveda.

Media hora más lejos atravesamos el riachuelo en un huertecito, donde habita una pobre beduina con sus hijos, y subimos por un camino secundario al extremo de la llanura de er-Raha.

Como manifestamos nuestro asombro por hallar una pobre mujer sola en estos desiertos y tantos huertecillos sin guardianes, el H. Eutymios nos dice que un beduino vigila desde el valle, menos contra los hombres que contra las bestias, pues nunca se oye hablar de merodeadores ni de otros criminales, tan segura es la honradez de los beduinos de estas montañas.

MI DIARIO DE Á BORDO

DESDE SAN NAZARIO AL CALLAO (PERÚ)

por el Rdo. P. Brunetti, de la Congregación del E. S. y S. C. de M.

III.—En el Perú

EL 21 de Enero llegamos al puerto del Callao: cuarenta y dos días de navegación en este tiempo en que se viaja al vapor es algo largo. La niebla matutina casi nos oculta los numerosos buques anclados. Al Oeste, por el lado de estribor, hay la isla de San Lorenzo, que defiende la rada contra los vientos del Sudoeste, del Oeste y del Noroeste, haciéndola uno de los mejores puertos del Pacífico.

Sobre un bosque de mástiles vemos el Callao con sus edificios, sus fortalezas, y más lejos al Este, en medio de una llanura regada por el río Rimac, los campanarios de la capital del Perú. (*V. el grabado de la página 392*).

Callao fué casi enteramente destruído, como Lima, por el terrible terremoto de 28 de Octubre de 1746. Pocos instantes después de la sacudida del suelo, que ocurrió á las diez de la noche, el mar se levantó á prodigiosa altura, invadió la ciudad, extendiéndose por el interior más de una legua, levantando los buques anclados en la rada y transportándolos por encima las casas de la ciudad, á un kilómetro del litoral del Pacífico. Luego, retrocediendo con igual furor y rapidez, arrastró fortificaciones, casas, etc. Contáronse siete mil

mueritos, y sólo un centenar de habitantes se salvaron de la catástrofe.

Desembarcamos por la mañana, y tomando el ferrocarril nos dirigimos á Lima, donde nos instalamos provisionalmente en el hospital francés, que tiene una hermosa iglesia cedida por el Gobierno peruano, y dedicada á Nuestra Señora de Guadalupe.

20 de Febrero.—Mi estancia de un mes en el Perú no me permite abrazar el conjunto de las cosas. Prefiero referir lo que he visto, no lo que he podido leer.

Lo que vi desde luego en los primeros días de mi llegada son las Congregaciones religiosas francesas. Nuestras primeras visitas, en efecto, después de las debidas al Arzobispo y al Delegado de la Santa Sede, fueron para ellas. En este momento sólo hay en Lima dos Lazaristas, que cuidan de las Hermanas de la Caridad. Los Redentoristas, en número de ocho ó diez, hacen mucho bien. Cuatro Padres de Picpus sirven la iglesia de los Recoletos, que han restaurado por completo, y dirigen también á las Religiosas de la misma Orden, que tienen un magnífico establecimiento. Siete ú ocho Jesuitas, casi todos españoles, dirigen un externado (el Gobierno ha mandado cerrar su pensionado), y ofician en la hermosa iglesia de San Pedro. Por último, los Salesianos de Turín, en número de cinco ó seis, llamados por el Gobierno, instruyen á los hijos del pueblo. Las Hijas de la Caridad son muchas, y prestan sus servicios en casi todos los hospitales, asilos y hospicios de Lima. Las Hermanas de San José de Cluny tienen un pensionado, un externado y la dirección de la casa de salud francesa. Las Picpucianas y las Damas del Sagrado Corazón y del Buen Pastor dirigen pensionados.

Esto por lo que se refiere á las Congregaciones europeas.

Tocante á las Ordenes religiosas peruanas (aquí el Gobierno reconoce los votos solemnes), son numerosas: hay los Franciscanos Descalzos, los Franciscanos propiamente dichos, los Dominicos, los Trinitarios, los Agustinos, etc. Sus conventos son muy grandes, y sus rentas considerables. Estas Ordenes religiosas debieron ejercer extraordinaria influencia sobre el país todo el tiempo que estuvo sometido á la dominación española: á esta bienhechora influencia hay que atribuir en gran parte la viva fe que reina en todas las clases del Perú.

Lima, además, es el campo donde trabajaron Santo Toribio, San Francisco Solano, los Bienaventurados Porres y Macías, y el país donde brotó y dió su perfume la angélica Rosa de Lima, *Rosa Cordis mei*, la Rosa del Corazón de Jesús.

Pocas ciudades, aun en el antiguo mundo, cuentan como Lima cuatro Santos en menos de tres siglos. Los Franciscanos, los Jesuitas y los Dominicos poseían noviciados florecientes y considerable número de Religiosos, hasta trescientos en un solo convento.

En la capital del Perú hay sesenta y cuatro iglesias, la mayor parte de las cuales pertenecen á las Ordenes religiosas. Las más bellas son: la Catedral (*V. el gra-*

bado de la pág. 393), San Pedro, San Francisco, Santo Domingo, La Merced y San Agustín. Todas son del estilo Renacimiento.

Bajo el altar mayor de la Catedral, cuya fachada es verdaderamente magnífica, descansan los restos de Francisco Pizarro, que puso la primera piedra de este vasto edificio, y de Santo Toribio, segundo arzobispo de Lima.

Santo Domingo guarda las reliquias de Santa Rosa, que perteneció á la Tercera Orden dominicana, y las de los Bienaventurados Porres y Macías.

El clero parroquial es relativamente muy escaso en Lima y particularmente en la Sierra, en el interior del país. En ciertas regiones los pueblos carecen casi completamente de auxilios religiosos, y vegetan en una ignorancia que es origen de vicios y causa de muchos desórdenes. Sin embargo, esas poblaciones en general profesan el mayor respeto á las cosas santas, y con poco que se las instruyese serían fervorosas y decididas, pudiendo aplicárseles la frase del profeta Jeremías: *Pueri petierunt panem et non erat qui frangeret eis.*

Misiones entre los indios del interior producirían admirables frutos, que recompensarían á los operarios evangélicos que se dedicasen á tan buena obra.

En Lima, ciudad de ciento cincuenta mil almas, no hay más que cinco parroquias, ó sea treinta mil almas por cada parroquia, y alguna sólo cuenta uno ó dos sacerdotes. Ciertamente que la mayoría de las iglesias de los conventos están abiertas al público; pero, á pesar de este auxilio, el bien que allí se hace no guarda proporción con el que debería hacerse.

Convendría hubiese en el Perú diez mil sacerdotes, y apenas llegan á mil. En los Seminarios, comprendiendo el de la archidiócesis de Lima, cuéntanse muy pocos jóvenes. ¡Qué campo tan vasto, abierto al gran número de sacerdotes que en Francia no hallan alimento á su celo en sus iglesias desiertas y sus parroquias á veces microscópicas! Aquí, en vez de una parroquia que puede recorrerse toda en un paseo matutino, tendrían inmensas parroquias de diez, quince y veinte leguas de extensión, donde una población numerosa, ávida de instruirse y de poner en práctica sus consejos, le colmaría de atenciones y llenaría su pobre iglesia.

EL ESTADO DEL CONGO

FUE un pensamiento noble y generoso el del rey Leopoldo II de Bélgica, de invitar al mundo civilizado á formar una liga para impedir las depredaciones de los cazadores y mercaderes de esclavos en el Africa Central.

Comprendiendo el Soberano de Bélgica que para combatir la esclavitud en sus últimas trincheras, impidiendo á la vez una de las causas de la despoblación del Africa, era preciso adoptar un método análogo al preconizado por los higienistas contra las epidemias, solicitó ese concurso, patrocinando el Estado libre del Congo, á que prestó su concurso el famoso explorador

Stanley, que propuso sustituir el método idealista y filantrópico que prevalecía por un sistema más positivo.

Cuando llegó Stanley á poner por obra su ideal, la primitiva obra del Monarca belga daba escaso resultado, y estaba á punto de desaparecer, porque de las ramas nacionales de la Asociación Internacional Africana, sólo existían la Sección alemana, que creó una estación en Kakoma, Africa Oriental, y la Sección francesa, que habían fundado á Franceville y Brazzaville, en el Oeste africano, y á Condo, en el Este de la región donde operaban los alemanes.

Pero los recursos de que disponían estas Secciones procedían, más que de dotaciones del Estado, de subcripciones particulares. Más importantes que las de esas naciones fueron las de Bélgica, y así y todo se consideraron insignificantes, y tuvo que abrirse, para sufragar los gastos, la caja particular del rey Leopoldo II.

En tal estado de cosas, el explorador del Congo llevó al Soberano de Bélgica el concurso de algunos capitalistas ingleses, con los que creó el célebre Comité de estudios del Alto Congo, obra por su naturaleza semi-humanitaria semicomercial, pero cuyo carácter eminentemente utilitario debía concluir por predominar; y predominó de tal modo, que pronto las naciones europeas se persuadieron del carácter de la obra de Stanley en Africa, al ver que el Gobierno inglés, con la ayuda de Portugal, intentaba disfrutar en su solo beneficio del derecho de navegación en las bocas del Congo, preludio evidente de una política de expansión en el Africa Central. De aquí vino forzosamente la acción combinada de Francia y Alemania en los asuntos del Congo, oponiéndose á los propósitos de la Gran Bretaña de arreglar á su gusto y en provecho propio la cuestión comercial del Bajo Congo.

El Comité de estudios sufrió transformaciones, fusionándose el idealismo y el positivismo. A la Asociación antiesclavista sucedió la Asociación internacional del Congo, que ya no presidía el rey Leopoldo, sino el coronel belga Stranch, bien que el Soberano era siempre el verdadero director de ese movimiento y el que más subvención á los gastos. Francia obtuvo seguridades que la tranquilizaron, y entonces se creó en el corazón del Africa el Estado independiente, en sus comienzos especie de república feudal, y más tarde á manera de monarquía absoluta, gobernada sin administración, por su jefe.

Esta es en esencia la historia de la fundación del Estado independiente del Congo. En todas partes fué éste saludado con satisfacción, deseándosele larga vida y prosperidad. Pero la obra humanitaria del Rey de Bélgica no ha respondido á sus nobles anhelos. Por rudimentaria que fuese su administración, era preciso organizar sus servicios financieros, jurídicos y políticos, garantizando la seguridad de los puestos establecidos en las márgenes del Congo y sus afluentes; nada se hizo, y por añadidura, faltaron recursos, sin embargo de no escatimarlos el Monarca, que á la postre tendrá que poner término á este dispendioso patronato. De aquí que se presenta como inmediata y forzosa la liquidación del Estado independiente del Congo, que no ha respondido á los propósitos que su creación hizo concebir.

JERUSALÉN EN LOS TIEMPOS PRESENTES

JERUSALÉN! Este tren no va más adelante, oímos gritar á uno de los conductores, después de cuatro horas de viaje en el pequeño ferrocarril que presta el servicio entre Jafa y la Ciudad Santa.

Intérpretes gritones, porteros ansiosos, empleados franceses del ferrocarril, pilas enormes de equipajes allí abandonados y empapelados de curiosas etiquetas árabes, agentes de hoteles ofreciendo hasta lo que no tienen, pordioseros, ciegos, asnos pacientes y maltratados, muchachos haraposos, etc., forman una de las primeras vistas de las afueras de la Ciudad Santa.

Hoy no es una empresa muy difícil de realizar, un viaje á Palestina y Siria. El servicio del Mediterráneo establecido por las Compañías Trasatlánticas alemanas, ha facilitado el viaje á la costa Norte del Africa y la costa Occidental de las posesiones turcas. Los gastos de viaje no son muy costosos, y éste desde que se llega al Cabo Vicente es delicioso.

Se requieren una fe viva y una imaginación muy despejada para describir al Jerusalén de hoy como al Sión y al Moris del espléndido Imperio judío. Sus calles arruinadas y estrechas guardan todo lo que es sagrado para los judíos, cristianos y musulmanes.

Mientras más largo sea el tiempo de la permanencia en Jerusalén, más grande es el interés que presenta al observador. En un tiempo se calculaba en medio millón el número de sus habitantes; en el día sólo cuenta con 50,000 más ó menos. De éstos, 7,460 son musulmanes,

28,000 judíos, 2,000 latinos, 150 griegos unidos, 50 armenios unidos, 4,000 griegos ortodoxos, 510 armenios, 100 coptos, 75 etíopes, y aproximadamente 300 protestantes. En los últimos años el número de hebreos ha aumentado notablemente, á causa de la persecución que han sufrido en Rumanía y Rusia. Debido á la influencia y benevolencia de algunos israelitas capitalistas, mucho se ha hecho para aliviar los sufrimientos de sus hermanos, quienes en su mayoría son extremadamente pobres. Muchos de ellos, con un pie en la sepultura, desean ser enterrados en la Tierra Santa. Ellos encuentran los medios para trasladarse á Jerusalén, y allí se estacionan confiados en la generosidad de sus correligionarios.

Existen setenta sinagogas, sin contar un crecido número de lugares de refugio para los peregrinos. La Alianza Israelita costea una escuela mecánica de primer orden; el Hospital Rostchild es una institución nueva donde los alemanes sostienen un asilo para huérfanos. El clima no es favorable para la clase pobre, como lo es en Egipto y en otros lugares de Oriente; hielo y nieve son muy comunes, el servicio público de aguas potables que ábastece la ciudad es malo, y frecuentemente ocasiona epidemias de fiebre y disenteria.

El transcurso de los siglos y sus transformaciones han hecho la investigación histórica más difícil cada día. Jerusalén ha sido el campo de batalla más grande que el mundo ha conocido. Desde los tiempos de Ezequías hasta los de la conquista de Napoleón I, ha sido sitiada, forzada, saqueada, quemada, destruida por egipcios, cristianos, musulmanes y franceses; ha pasado por insurrecciones sangrientas; ha sufrido gue-



AFRICA ORIENTAL.—Aldea de Matchamé, en el Kilima-Ndjaró. (Pág. 397)

rras á muerte, en una palabra, es maravilloso que en el día exista...

Entre los cristianos, los griegos ortodoxos son los más poderosos. Esto se explica por el hecho de ser los más auxiliados por el Gobierno ruso. Los armenios están más íntimamente afiliados á los rusos. Los católicos, sin embargo, ejercen poderosa influencia, adelantan y mejoran sus escuelas cada día y tienen varios monasterios. La comunidad protestante inglesa, que es muy rica, tiene igualmente escuelas para niñas y niños y además una Misión para judíos. Todas las otras sectas y denominaciones las sostienen las contribuciones de las diferentes respectivas organizaciones de Europa y América.

Jerusalén no sólo es sagrado para los cristianos y los judíos. Fué la ciudad más reverenciada por Mahoma antes de su huída para Meca, y después de esta última ciudad, Jerusalén es el lugar más santo para el verdadero musulmán de hoy.

A pesar de que la ciudad ha sido desposeída de reliquias muy valiosas, existen aún muchas interesantes que visitar y admirar.

En la «Vía Dolorosa» ó «Calle del Dolor», ó sea el camino que para el Gólgota llevó Cristo con la cruz á cuestas, se ve la residencia de Pilatos y el antiguo castillo de Antonia. Las cinco últimas estaciones de la cruz están todas en la iglesia del Santo Sepulcro. Allí mismo descansa en su altar especial la piedra sobre la cual Nicodemus ungió el cuerpo de Jesús con mirras y áloes.

El lugar tradicional donde Judas se ahorcó, es verdaderamente lúgubre. La tumba de Zacarías existe cerca de la pequeña villa de Silook. De acuerdo con los cristianos, aquélla señala el verdadero lugar donde descansa el Profeta de que habla San Mateo, xxiv, 35; pero para los judíos aquélla es solamente un monumento á su memoria. La Torre de los Cuarenta Mártires de Jerusalén, y que antiguamente ocupó el sitio del monasterio de la Trinidad, fué en otros tiempos el cementerio de los Patriarcas de Jerusalén.

La prisión de Cristo existe en la iglesia de los Cruzados, y es el lugar donde Jesús fué atado mientras preparaban la cruz.

La tumba de Lázaro está cerca de Betania, y es considerada sagrada tanto por los cristianos como por los mahometanos. Unos y otros se creen con derecho á ella, y así ha sido el teatro de repetidas contiendas religiosas. Hasta en el siglo XVI les fué prohibido á los cristianos celebrar allí sus Oficios Divinos, pero hoy la conservan ellos.

El monasterio armenio se cree que marca el lugar donde Santiago el Mayor fué degollado por orden de Herodes. La institución es una de las más interesantes en Jerusalén.

Las capillas de la iglesia del Santo Sepulcro, que son notables por su mérito y efecto artístico, existen en aquella misma iglesia en donde, de acuerdo con la tradición, tuvieron lugar la crucifixión y el enterramiento.

La tumba de Raquel es el lugar de entierro para los musulmanes. Este es un sitio igualmente reverenciado por los cristianos, judíos y mahometanos, y es muy vi-

sitado por los peregrinos. La tradición de Raquel parece estar de acuerdo en todas sus versiones, y el monumento que antiguamente señaló el lugar, era una pirámide de piedra. La descripción de su funeral se lee en el Génesis, xxxv, 19.

Una de las más antiguas y preciadas reliquias en Jerusalén es el banco en el cual David fué juzgado y donde la gloria de la raza hebrea está concentrada. Es el lugar de las lamentaciones de los judíos, y en él se observan todos los días hombres devotos elevando sus clamores y rogando por aquellos á cuya caridad deben la subsistencia.

La iglesia del *Ecce Homo* está edificada cerca al lugar donde se dice que Pilatos exclamó: «Prendedlo.»

La Puerta de San Esteban, cuyo nombre se ha dado en memoria del Santo del mismo nombre, señala el lugar donde aquél sufrió el martirio.

La capilla del Encuentro de la Cruz en el Santo Sepulcro es una caverna formada en la roca, y mide unos 24 pies cuadrados por 16 de alto. La parte de la derecha pertenece á los griegos, y en la izquierda existe un altar latino regalado por el archiduque Fernando Maximiliano de Austria. Una estatua de bronce de Santa Elena, de tamaño natural, la representa sosteniendo la Cruz.

En el jardín de Getsemaní se ve el sitio de la Agonía; para muchos es lugar muy sagrado en Jerusalén.

Es completamente imposible el hacerle justicia al gran teatro del drama sagrado en tan ligera descripción, de sus más conspicuas escenas. Bajo las ruínas de los siglos y el polvo de la tradición, aun podemos divisar las sagradas huellas del Salvador, en tanto que admiramos á los miles de peregrinos que allí acuden en masa á contemplar, admirar y reverenciar todas sus santas reliquias.—N.

CRÓNICA

Roma.—Muchos periódicos franceses é italianos han negado la noticia de la nueva creación que Su Santidad ha tenido á bien hacer de una Congregación para la *Unión de Iglesias*; pero la revista titulada *La Tierra Santa*, no solamente afirma la noticia, sino que autorizadamente declara, que la antigua Sección de Propaganda *Pro Negotiis orientalibus*, será reemplazada por una Congregación *Pro Unione utriusque Ecclesie*, que será completamente distinta de aquélla, con un prefecto, secretario, local y personal extraño á la de la Propaganda.

Para la organización y trabajos preliminares el Papa ha nombrado una Comisión de Cardenales.

—Han sido nombrados: obispo de Liverpool, Mr. Thomas Nhteside, doctor en teología y profesor distinguido del Seminario de aquella diócesis, y obispo de Trenton, en los Estados Unidos, Mr. Jacques Mac Faul, rector de la Catedral, antiguo Vicario general y en la actualidad administrador de la diócesis.

Inglaterra — Tan notables son los progresos de la Iglesia católica en la protestante Inglaterra, que el corresponsal en Londres del *New York World* se ve precisado á escribir lo que sigue:

«Mucha alarma se siente y se manifiesta actualmente en Inglaterra con motivo de los rápidos progresos hechos por el Catolicismo romano. Esa alarma no carece de fundamento. Hace sólo pocos años apenas se veía aquí alguno que otro convento ó monasterio; mas ahora se ve una profusión de ellos en todo el ám-

bito del país. Las escuelas é iglesias católicas eran también muy pocas; mas ahora abundan por doquiera.»

El corresponsal dice que algo han debido influir en tan rápidos progresos la «deserción» de Newman y la «pérdida» de Manning. Luego añade:

«También hemos de confesar que la Religión de los católicos es una realidad viviente para ellos. Las puertas de sus iglesias no están nunca cerradas. Nuestros ministros protestantes, por ejemplo, son incapaces de trabajar durante el estío; mas no adolecen de tal incapacidad los sacerdotes católicos. Nunca se les ve á éstos dejar su puesto. El aumento en fuerzas del Catolicismo se echa de ver principalmente en Inglaterra y en los Estados Unidos, por más que en ambas naciones debería la Reforma ejercer el más grande influjo. Los católicos están dispuestos á hacer mayores sacrificios por su Iglesia, que los protestantes por la suya...»

Senegambia (Africa Occidental).—«Hemos tenido este año, escribe el Ilmo. Barthet, vicario apostólico, el consuelo de aumentar considerablemente el número de nuestros neófitos. Así en el distrito de Thies (V. *el grabado de la pág.* 389), hemos administrado el Bautismo á trescientos catecúmenos, y construído entre ellos una iglesia. Necesitaríamos otra en el mismo distrito para siete ú ochocientos indígenas que se disponen á hacerse cristianos, pero desgraciadamente carecemos de recursos.

«En defecto del número suficiente de misioneros para instruir á los catecúmenos, vémonos obligados á aumentar el de catequistas, otro gasto que se impone si hemos de aprovechar las buenas disposiciones de los negros para instruirse.

«Nuestros establecimientos de Kita, á mil trescientos kilómetros de la costa, continúan prosperando: esa cristiandad naciente aumenta todos los días.

«Este año hemos inaugurado en Poponguina una capilla dedicada á Nuestra Señora. Falta todavía construir el crucero, el ábside y la sacristia, trabajos que llevaremos á cabo tan pronto como nos lo permitan los recursos.

«Cada año vamos á dicho punto en peregrinación, reuniéndose unos cuatrocientos cristianos de las estaciones vecinas para suplicar á la Santísima Virgen nos libre de tantos azotes como afligen al Africa, en particular el Mahometismo, el más temible de todos.

«Las cristiandades de Joal, Ngazobil, Fadinta, Ndianda y Mbo-diana continúan aumentando, habiéndose bautizado durante el año sesenta adultos.

«En la Casamanza, que forma la parte Sur del vicariato, tenemos las tres estaciones de Carabana, Ziguinchor y Sedhiu, distante de quince á veinticinco leguas unas de otras: allí puede hacerse mucho bien, pero la insuficiencia de personal nos impide atender como se debiera á aquellos cristianos. Los adultos bautizados durante el año ascienden á setenta.

«En las parroquias de San Luís, Gorce, Dakar y Rufisca, continúan las conversiones, si bien tiene que luchar contra la corrupción desenfadada de los europeos y el fanatismo musulmán.

«Si tuviésemos diez misioneros y veinte catequistas más en la región de las *Serérès-Nones*, puedo afirmar que allí obtendríamos un millar más de bautismos todos los años, pues los naturales están muy bien dispuestos. Empero urge aprovechar esta oportunidad, pues nos amenaza el Islamismo, que se extiende del Norte al Sur del Africa. Nosotros estamos en primera fila en el ejército de Cristo. Si el dique que todavía oponemos es débil y se sumerge, quedará destruída nuestra Misión y todas las situadas más al Sur de Africa.

«El reino de Cayor, que hace cuarenta años era enteramente fetiquista, es ahora casi completamente musulmán. Las provincias Baol, de Badana, del Dieghem, de Sina y del Salum comienzan á ser atacadas seriamente por el Islamismo. Os suplico que os apresuréis á salvar á estos pobres negros.»

Méjico.—Léemos en *El Pueblo católico*, de León:

«Hemos tenido el placer de saludar al celoso é infatigable misionero apostólico Mons. Fernando Terrien, camarero secreto de Sn Santidad. Como se sabe, este apóstol de la caridad recorre las

Américas para coleccionar y remitir recursos á esas Misiones, verdaderas avanzadas de atléticos soldados de la fe, que luchan por la salvación de las almas en los países infieles más refractarios á la civilización y al Cristianismo.

«Como se ve, Mons. Terrien trabajando por sostener los misioneros, trabaja con cada uno de ellos y alienta á todos los socios de la benéfica Propaganda á contribuir con su óbolo á tan grandiosa obra. Al visitar á León, aunque muy de paso, nos ha manifestado estar contento de la marcha de su obra en esta ciudad; pues si bien no ha tenido notables adelantos, no ha decaído como en otras partes; pero más contento se muestra de la benévola acogida que, así á él como á sus trabajos, le ha hecho nuestro ilustrísimo Prelado, quien ha recomendado eficazmente la Obra en toda la diócesis.

«Nosotros deseamos que los socios de la Propaganda no sólo perseveren, sino que se multipliquen, en atención al noble y benéfico fin á que se destinan sus pequeñas cuotas, y en atención también á las muchas gracias espirituales que el Sr. Terrien ha alcanzado de la Santa Sede en favor de los sostenedores de la Obra.

«Ayer ha salido para los Estados del Norte del país, cuyos pueblos visitará para volver por esta ciudad como por el mes de Octubre, despidiéndose entonces definitivamente para su regreso á Europa.

«¡Que Dios guíe los pasos de su apóstol y lo llene de prosperidades!»

Noticias varias.—Desde el 25 al 29 de Julio y presidido por el Cardenal Langenieux, se reunió en Reims un Congreso Eucarístico. Se trató especialmente de los medios de reunir las Iglesias latina y griega, y se cree que este Congreso es la respuesta que da el Occidente á las proposiciones del que últimamente se ha celebrado en Jerusalén bajo la presidencia del mismo Cardenal Langenieux, como legado del Papa.

—Escriben de Filadelfia que allí se ha pensado en celebrar con gran solemnidad y regocijos públicos el décimonono aniversario del establecimiento del Cristianismo. El coronel Jhon Peyton se ha constituido en director de la Junta organizadora. Al mismo tiempo se convocará á todas las naciones católicas para que se celebre un Congreso internacional en honra del mismo referido acontecimiento. Ha iniciado este proyecto Mr. Mac School de Princeton.

—En el último certamen celebrado por el Gobierno de Guatemala, con el objeto de premiar los mejores trabajos escritos acerca del mejor modo de civilizar á los indios, idea iniciada y decretada con motivo del IV Centenario del Descubrimiento de América, obtuvo por decisión del Jurado el segundo premio, medalla de plata y cinco mil pesetas, el Rdo. P. Fr. Alfonso Arévalo, de la Orden de Menores (Recoletos).

—Según carta de un Religioso que reside en el Monte Carmelo, en la cumbre de aquella sagrada montaña se está levantando un monumento de mármol y bronce dedicado á Nuestra Señora del Carmen, cuya imagen de bronce dorado irá sobre él; todo lo cual ha sido costeado por algunos piadosos señores de Santiago de Chile, y la obra ha sido ejecutada y trabajada en Roma.

—El sepulcro de Cristo en Jerusalén se está rodeando de muros que le separan del cementerio mahometano; los peregrinos que constantemente le visitan podrán llegar á él por una gran avenida especial, que también se halla en construcción.

Los gastos de estas obras se pagarán con el producto de la subscripción abierta á este fin en Londres, subscripción que ha producido 50,000 francos, según *Le Gaulois*.

—La Misión del Sudán que se halla en Egipto, prosigue su campaña con éxito lisonjero. Muchos naturales se bautizan, y gran número de enfermos solicitan los auxilios de la Religión como alivio á sus dolencias físicas y morales. El esmerado trato de los sacerdotes católicos se capta las simpatías de aquellos desdichados, que á orillas del Nilo fallecen abandonados por sus compatriotas.

VARIEDADES

EL PARAÍSO TERRENAL

En dónde estuvo situado el paraíso terrenal? Cuestión es ésta que ha dado en todos tiempos mucho que pensar y que discurrir á los sabios, sin que hasta el presente haya tenido solución satisfactoria. Dando en primer lugar por supuesto que el paraíso debió ser un lugar real y corpóreo, y rechazando como inadmisibles la opinión de Orígenes y de los alegoristas que todo lo interpretaban alegórica y espiritualmente, diciendo que el paraíso terrenal no era un jardín poblado de árboles y plantas, como nos le describe el Génesis, sino que por los árboles se significaban los Angeles, por los ríos las Virtudes del cielo, etc., se pregunta: ¿en dónde estaba situado este jardín delicioso?

Los antiguos sabios y exegetas, entre ellos Santo Tomás, creían que aún existía este lugar, pero que por estar impedido su acceso por los montes y otros obstáculos, no era posible llegar á él. Mas hoy, después de los estudios y descubrimientos geográficos, no parece muy aceptable esta opinión; y no la rechazamos en absoluto, porque por más que digan los geógrafos y sabios modernos, no se han recorrido y estudiado aún tan perfectamente todos los países del globo, que se pueda afirmar sin temeridad que ya no existe el paraíso terrenal. Y para que se crea que no hablamos sin fundamento, podríamos citar los descubrimientos verificados no hace muchos años en los Estados Unidos, de grandes territorios inexplorados hasta entonces, de que tomó posesión el Estado, y que llaman *Far Owest*: y bien saben todos lo mucho que falta por recorrer en el centro del Africa, en la Australia y en otros puntos; y viniendo más á nuestro propósito, ¿no queda mucho por explorar en la Armenia, Asia Menor, etc.? Por esto no creemos que pueda en el día afirmarse en absoluto que ya no existe el lugar del paraíso terrenal: no obstante, como hemos dicho, creemos más probable que realmente ya no existe.

Mas si ya no existe, ¿en dónde estuvo situado? Bien es verdad que la Escritura lo describe muy minuciosamente, diciéndonos que: «había plantado el Señor Dios un paraíso de deleite, desde el principio, en el que puso al hombre que había formado. Y produjo el Señor, Dios de la tierra, todo árbol hermoso á la vista, y suave para el gusto, el árbol también de la vida en medio del paraíso, y el árbol de ciencia de bien y de mal. Y salía un río del lugar del deleite, para regar al paraíso, el cual desde allí se reparte en cuatro cabezas. El nombre del uno, Phison: éste es el que cerca toda la tierra de Hevilath, en donde nace el oro: y el oro de aquella tierra es muy bueno: allí se encuentra bedelio, y piedra cornerina: y el nombre del segundo río, Gehón: éste es el que cerca toda la tierra de Etiopía. Y el nombre del tercer río, Tigris: este corre hacia los Asirios. Y el cuarto río es el Euphrates.» Hasta aquí la descripción de la Biblia en el capítulo II del Génesis.

Ahora, pues, se pregunta en primer lugar: ¿Los dos ríos que se distinguen en la Sagrada Escritura con los

nombres de Tigris y Euphrates, son los mismos que aun hoy día llevan estos nombres? Esto es lo primero que se ha de resolver para fijar la posición del paraíso terrenal.

Porque si los dos últimos ríos de que hace mención el Génesis no son los que actualmente conocemos con los nombres dichos, como los dos primeros son aún más desconocidos, sería imposible resolver la cuestión satisfactoriamente. Mas habiendo Moisés escrito para los hebreos, si el Tigris y el Euphrates de que se habla en el lugar citado de la Escritura no hubiesen sido los que con los mismos nombres conocían los israelitas, fuera de que hubiera sido superfluo nombrar cosas desconocidas, pues no hubieran podido con estas señales saber el lugar del paraíso, hubiera sido inducirles á error, cosa que no podemos suponer en la Escritura Sagrada. A más de que, como hemos visto, diciendo Moisés que el Tigris corre hacia los asirios, se ve bien claro que dicho río es el mismo que los hebreos, y aun nosotros, conocemos por este nombre. Lo que se dice del Tigris puede afirmarse del Euphrates.

Supuesto esto, pasan los sabios á determinar cuáles sean los otros dos ríos, y cuál por consiguiente el sitio del paraíso. Dos son las opiniones que hay sobre el particular. Unos creen que el paraíso estaba situado en la confluencia ó unión del Tigris y Eufrates, los cuales se unen y forman el río que hoy se llama Chatt-el-Arab (río de los Arabes); y después de recorrer reunidos algún trecho se dividen en varios brazos que van á desembocar en el golfo Pérsico. Y dicen los que así opinan que se verifican aquí las señales enumeradas por Moisés; pues el Chatt-el-Arab sería el río que salía del paraíso, y que el Tigris y el Eufrates serían los dos ríos que aun hoy llevan este nombre; y los otros dos, el Phisón y el Gehón, serían dos de los canales ó brazos en que se divide el Chatt-el-Arab antes de desaguar en el golfo Pérsico. Mas desde luego se ve ser esta interpretación violenta, pues nadie podrá decir con verdad que el Chatt-el-Arab se divide en dos, el Tigris y el Eufrates, sino que es al contrario, que ambos ríos que nacen separadamente se unen formando el Chatt-el-Arab.

Pero lo que parece dar el golpe de gracia á esta opinión es que antiguamente no se reunían los dos ríos, sino que corrían separados hasta precipitarse en el golfo Pérsico, según el testimonio de Plinio, que dice que entre las bocas de los dos había veinticinco mil pasos de distancia.

Contra la misma opinión está la descripción de Moisés, que nos dice que el Phisón corría por la tierra de Hevilath, abundante en oro, y nadie, ni entre los antiguos ni entre los modernos, ha dicho que se encontrase ó hubiese en algún tiempo encontrado oro en la desembocadura del Chatt-el-Arab.

Ni parece tampoco aceptable la explicación dada recientemente por el presbítero Dessailly, uno de los colaboradores del célebre Moigno, el cual supone que los ríos Phisón y Gehón son dos ríos que desaguan en el Chatt-el-Arab, llamados Kerba y Karonn. Y para dar más firmeza á su hipótesis dice que no se ha de creer que el paraíso terrestre pudiese estar situado en las elevaciones de Pamir, ó en el interior de la llanura de Sennaar, apartado del Océano, pues de esta suerte no

hubiese podido Adán dar nombre á los animales marítimos; mas si este sabio hubiese leído la Sagrada Escritura con atención, hubiese visto que Moisés no hace mención más que de las bestias de la tierra y de las aves del cielo, á los que puso nombre Adán. Así que este argumento que á Alberto Battandier, en un artículo publicado en el *Cosmos* del 8 de Abril de 1893, parece de mucha fuerza, cae por su fundamento.

Dando, pues, por poco probable esta opinión, resta la otra de los que dicen que los ríos Phisón y Gehón son, el primero el llamado Phasis, que corre por la antigua Colchide ó Mingrelia, país, según la opinión común de los antiguos, abundante en oro, de lo que da testimonio la expedición de los argonautas en busca del famoso Velloco de oro. Por lo menos, según el testimonio de los antiguos, era país riquísimo y de mucho comercio, aún en tiempo de los emperadores romanos. De modo que el Phisón sería el Phasis que, saliendo de los montes de la Armenia al Norte desagua en el mar Negro.

Queda por fijar el cuarto río, el Gehón, que según la opinión generalmente seguida, sería el Araxe, que desemboca en el mar Caspio después de recorrer un país sumamente fértil.

Mas aquí nos sale al encuentro una dificultad no pequeña: ¿cómo es creíble que el paraíso terrenal estuviese situado en los altos é inaccesibles montes de la Armenia, país quebrado y poco á propósito para que en él hubiese Dios colocado aquel delicioso Edén? Y aun admitido esto quedaba otra dificultad; los cuatro ríos antedichos no tienen un origen común, aunque nazcan todos en los montes de Armenia y á poca distancia unos de otros. ¿Dónde está, pues, aquella fuente que salía del paraíso y se dividía en cuatro brazos ó ríos?

A estas dificultades se puede responder que, como hemos dicho al principio, el paraíso no existe actualmente, y por consiguiente debió sufrir modificación el terreno en que estaba situado, y por esto comúnmente se dice que debió quedar destruido en tiempo del diluvio. Mas no hemos de creer que todo se redujese á que el agua llevase los árboles y plantas de aquel jardín, como sucede en las actuales inundaciones. Aquel gran cataclismo debió de modificar extraordinariamente aquel terreno, y aun toda la superficie de la tierra, y pudo muy bien ser que entonces hubiese tenido lugar el levantamiento de aquellos montes, y lo que antes era un país llano é igual quedase convertido en un país montuoso y quebrado. Y para que no se tenga esto por inverosímil, sin ir más lejos, á últimos de Julio de 1840 un gran terremoto derribó parte del monte Ararat, y los destrozos causados por este hundimiento, arrastrados por las aguas salidas del seno de la montaña, sepultaron algunas aldeas en un espacio de dos leguas, de modo que nada tendría de particular que un terremoto hubiese levantado lo que otro terremoto ha destruido. Explicación es ésta que aun parece apoyarse en el mismo Sagrado Texto, que nos dice que el arca descansó en el séptimo mes en las montañas de la Armenia, siendo así que hasta el décimo mes no aparecieron las cimas de los montes *cacumina montium*.

Con esto parece que quedarían orilladas las dos dificultades antedichas, y no sería de admirar que actual-

mente los cuatro ríos del paraíso no tuviesen un origen común. Solución es ésta que parece resolver, si no todas, á lo menos la mayor parte de las objeciones que se hacen por unos y otros, y que tal vez serviría para responder á las muchas dificultades que los racionalistas, y aun algunos católicos, oponen contra la verdad del diluvio *universal*.—(E. E. F.).

MARTIRIO DE LOS SIETE HERMANOS MACABEOS Y SU HEROICA MADRE

El grabado de la pág. 396 representa la gloriosa muerte de los mártires Macabeos y de su heroica madre, víctimas de su celo por la observancia de la ley. Contiénese su admirable historia en el capítulo VII del libro II de los Macabeos. Su delito era no querer comer carnes prohibidas por la ley mosaica, como exigía de ellos la tiranía del rey Antioco, opresor de su nación. Siete hermanos unos tras otros fueron despedazados á azotes, cocidos en calderas y sartenes hechos ascuas, mutilados de lengua, manos y pies, siendo por último atormentada y muerta también su madre, que había presenciado el atroz martirio de todos sus hijos, y les había exhortado á sufrirlo con las más poderosas razones de su fe religiosa y de su amor maternal. Grande ejemplo que más que nunca conviene recordar y poner de continuo á los ojos de los pueblos, hoy que por nuestra desdicha son tan frecuentes en la defensa de la fe los desmayos y debilidades.

NECROLOGIA

ILMO. HERMANN KOECKMANN

obispo titular de Olba y vicario apostólico de las islas Sandwich

El Ilmo. Hermann nació el 10 de Enero de 1828 en Ostbevern (Westfalia). A la edad de veintitrés años fué admitido en la Congregación de los Sagrados Corazones, y el 15 de Abril de 1854 embarcó para las islas Sandwich.

Dedicóse al sagrado ministerio con celo y abnegación, y en Agosto de 1881 fué consagrado obispo titular de Olba, recibiendo el año siguiente el título de vicario apostólico de las islas Sandwich. Bajo su impulso, la ya próspera Misión adquirió nuevo incremento. Desde 1883 vióse edificar en Honolulu el mejor establecimiento de educación del reino havayano; el colegio de San Luis, dirigido desde su fundación por los Hermanos Marianistas, que cuenta más de cuatrocientos alumnos. La leprosería de Molokai, tan célebre en todo el mundo, recibió una colonia de Hermanas Franciscanas.

La administración general de la Misión no le impedía dedicarse á las obras de celo y apostolado como un simple misionero; así es que gozaba de la mayor consideración entre los indígenas y los extranjeros. La familia real le manifestaba completa confianza, y con frecuencia le consultaba en los negocios importantes.

La inesperada noticia de su enfermedad causó impresión vivísima. Atacóle el 18 de Febrero de 1892, y sucumbió el 22. Sus funerales fueron un triunfo, y quisieron honrar su memoria los protestantes, lo mismo que los católicos.

Como detalle conmovedor citaremos que la noche siguiente á la inhumación, gran número de indígenas se obstinaron en velar junto al sepulcro de su Obispo, porque «¡no querían, decían, que su Padre pasase la primera noche sólo en el cementerio!»

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.